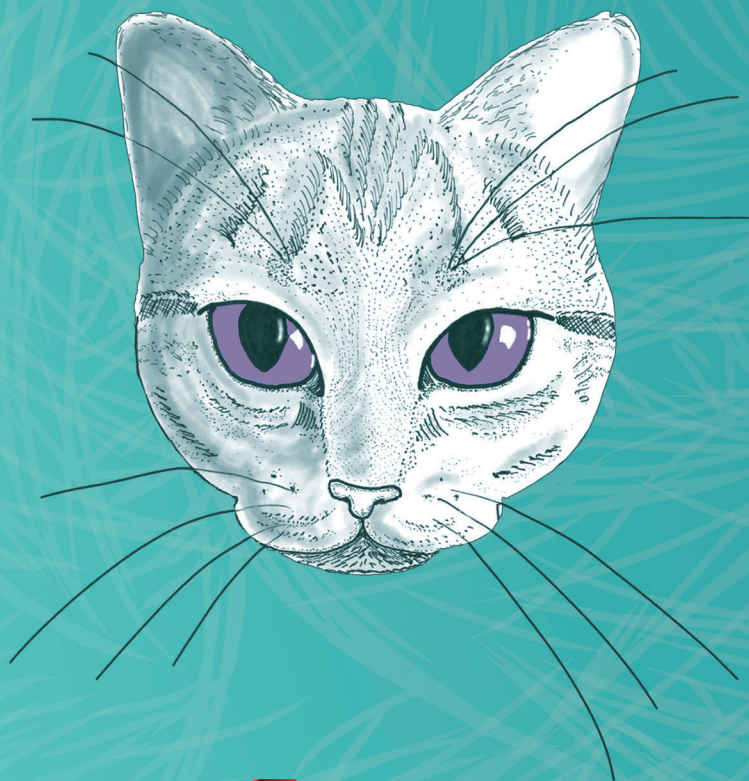


B. Fabrizia **Braghetto**

NOVELA

La primavera
de
Esperanza



 **ElOtroCuarto**
EDITORIAL

*La primavera
de Esperanza*

LA PRIMAVERA DE ESPERANZA

© B. Fabrizia Braghetto

Primera edición: junio, 2023

Inscripción n.º 2023-A-5679

Ilustración cubierta: Erika Astorga Saavedra (Sartoga)

Fotografía autora: Sergio Vargas

Impreso en Santiago de Chile

por Grupo Donnebaum



Licencia Creative Commons

Diseño, edición y diagramación

Editorial ElOtroCuarto

www.elotrocuarto.cl

*La primavera
de Esperanza*

B. Fabrizia Braghetto

Ediciones **EIOtroCuarto**

*Para mi mamá, mi papá, mi hermano y Felipe Antonio.
Para Erika Astorga, que siempre creyó en mí, incluso antes que yo.
Para Claudia Soto, que me dio el empujoncito que necesitaba
para atreverme a publicar.*

PRIMERA PARTE

LAS VOCES infantiles llegaban hasta mi dormitorio. Comenzaban a habitar la soledad de mi hogar, llenando el hastío cotidiano de un domingo más.

Intenté mantener los ojos cerrados porque no deseaba ni despertar ni levantarme. Había soñado. Las imágenes todavía estaban instaladas en un recuerdo que se empezaba a diluir. Estaba en la playa. El mar estruendoso amenazaba con sus olas. A lo lejos había una cabaña. Caminaba hacia ella. Iba descalza. El viento frío, la humedad, me golpeaban el rostro y el cuerpo. Solo eso retuve.

La casa estaba silenciosa. Sebastián se había ido. Sobre el sofá dejó el cobertor que le había prestado. Llegó tarde la noche anterior para carretear piola, como me aclaró apenas le abrí la puerta. La gente parecida se atrae. Éramos dos solitarios tratando de estar alegres. Sebastián es buena persona. Me ayudó a colocar las cortinas cuando me mudé a esta casa. Eso nos acercó y desde ahí que nos soportamos mutuamente, mientras bebemos y hablamos de libros y películas.

Acompañados de un vino, conversamos sobre cosas irrelevantes. Nuestras preocupaciones se trasladaban a la contingencia nacional y a las múltiples posibilidades que supone el «estallido». Chile se encaminaba a cambios bruscos. Incluso mi pueblo estaba convulsionado.

Hacía frío. A veces sopla un aire helado y algo de neblina empaña la mañana, incluso ya entrado el verano. La cercanía del Mapocho y el extenso valle sin montañas permite al viento costero llegar.

Desde mi dormitorio, con sus paredes blancas, puedo ver los patios de los vecinos y la plaza.

La plaza es un centro de vida social. En las tardes llegan las madres. Sostienen conversaciones entre ellas sobre eventos cotidianos y sobre los sentimientos que tienen en sus vidas de casas iguales unas a otras, pero con personas distintas en su interior. Lucen tranquilas y felices, o eso es lo que parece desde mi ventana.

Una vez le dije a mi colega, Miguel, que todas las familias de mi cuadra eran familias completas: papás, mamás, hijos, perros y gatos. Con sarcasmo agregué que, en diez años más, quizás solo quedarían las mujeres y sus hijos adolescentes.

Me pregunto cómo serán esas vidas. Qué se dirán esos matrimonios antes de dormir, o cuando se llaman para conversar de las cuentas o de los albañiles que les construyen la ampliación, esa que planean inaugurar con los amigos cuando termine de llegar la primavera.

Yo también habité ese mundo de la casita clase media con el perro, el gato y el marido. Pero ya no. Mi casa es todo el mundo que quiero conocer.

Bajé. La cocina estaba desordenada y el sillón con ropa de cama encima. Cuando se me pasó la modorra, encendí el parlante, coloqué una playlist e hice un intento por dejar las cosas ordenadas y limpias. Los muebles sostienen más vajilla de la necesaria para una persona sola; y el comedor de seis sillas, que aparece justo cuando abro la puerta de casa al llegar del trabajo, sirve para que los gatos reposen sobre él. La soledad en la que habito no es vacía. Hay pelos de felinos felices y holgazanes en todas las superficies y rincones.

A MIGUEL lo conocí en el liceo en el que trabajo. Era una persona sociable. Saludaba cordialmente y era fácil entablar amistad con él. A veces se ofrecía a llevarme cuando la jornada finalizaba, acercándose al paradero de la micro. En ese breve trayecto que duraba algo así como diez minutos, sosteníamos conversaciones triviales que rayaban en una falsa profundidad. Además, compartíamos un par de palabras en cada recreo o almuerzo.

El tiempo pasó y las conversaciones se hicieron más largas y auténticas. Podíamos compartir una cerveza a la salida del trabajo o un café caliente en el patio del liceo los días fríos de invierno. Siempre que hablábamos omitíamos de manera deliberada nuestras vidas personales. Yo evitaba responder a preguntas que le hubiesen permitido saber lo que cargaba. De esos temas no conversaba ni conmigo misma. Él también se mostraba cauto.

Miguel tiene tres hijos. Una vez bromeé con eso. Me burlé de la decisión de tener tantos y de querer mantenerlos con el sueldo cómico de profesor. Él sonrió y afirmó que sí, que solo los locos tienen más hijos de los que pueden mantener. Noté su incomodidad. Yo también me sentí mal.

Un día, en el horario de almuerzo, me comentó que tenía un problema, y que le gustaría escuchar qué pensaba yo. No me precipité a especular acerca de qué se trataría, así que le propuse ir a una cafetería de la plaza del pueblo. Asintió y, sin mayores comentarios, se retiró del casino con el plato casi intacto. Me pareció algo inusual para nuestra amistad.

La cafetería estaba llena. Había parejas, amigos, amigas y grupos familiares. Miguel se dirigió a una mesa pequeña de la terraza del lugar. No era cómoda, pero estaba alejada de la gente. Desde que nos sentamos lo noté nervioso. Bebió el café de un modo pausado y no habló de algo concreto; solo ideas inconexas sobre cuestiones irrelevantes.

Después de unos minutos indagué:

—¿Qué pasa, Miguel?

—Me siento solo.

Lo miré. Por un momento creí que era broma. No lo era. Tenía una mueca tensa en su rostro moreno y la mandíbula apretada.

—¿Por qué?

—Mi mujer se fue y se llevó a los niños. Yo pensaba que podría ocurrir. Ella veía a alguien más —su tono de voz se opacaba—. Traté de no pensar en ello, así que cada vez que llegaba a casa, saludaba a todos y extendía el trabajo del liceo a ese espacio. Pensaba que, si no conversaba con ella, si no enfrentaba el asunto, terminaría por desaparecer. Pero, ya ves, no desapareció; se fue a la cresta.

No supe qué responder. Me sentí torpe. No entendía por qué me lo contaba a mí. Tampoco entendí por qué, después de tanto tiempo de silencios y omisiones deliberadas sobre su espacio íntimo, me lanzaba ese dato.

—¿Qué harás? —le pregunté.

—Nada.

—¿Sabes qué siente ella? —me avergoncé después de preguntar.

—Hace mucho tiempo que no lo entiendo. Ni siquiera entiendo lo que siento yo.

—Te sugiero que lo converses con algún profesional —contesté sin pensar.

Todo lo dijo sin mirarme. Sus ojos ni siquiera apuntaban al frente. Se sentó frente a mí y miró todo el tiempo hacia el lado, hacia algo que no podía enfocar.

¿El comportamiento con su mujer habrá sido similar al que tenía conmigo? ¿Él también representaba una incógnita para ella? ¿Quizás por eso ella se fue? Mientras hablaba se empequeñecía frente a un café.

Con sus manos se frotó las rodillas y volvió a fruncir el ceño.

—No sé lo que haré. No siento nada; solo la soledad y la angustia del tiempo perdido.

Continúe con mi café. Miré hacia la mesa que estaba al frente, donde había una pareja conversando. Ella sostenía la sonrisa, él se veía contento. Pensé que esa imagen era una mentira, que nadie es tan feliz, que de seguro ella está cansada de algo y que él se siente abrumado por otra cosa.

—¿Qué pensaste que pasaría?

Su mirada esta vez se fijó en mí. Había dureza en su gesto. La sostuvo unos segundos.

—Quiero dejar de sentir.

Su voz sonó delgada y por un instante creí que comenzaría a llorar. Bebía su café sin ganas. Ese fue el único instante en el que pude verlo a los ojos.

Recordé que conocí a la mujer de Miguel una vez en una celebración del día de las madres en el liceo. Su figura delgada y su tono de voz agudo, sus gestos histriónicos y su modo impúdico de conversar con desconocidos se refrescaron en mi memoria. En mi mente especulé sobre las razones de la separación. No le hice ningún comentario a Miguel de mi recuerdo. El café estaba caliente, olía bien. Lo bebí con calma.

—¿Y qué esperas que resulte de eso?

—Olvidar.

El pelo negro y corto se le veía sucio. Se notaba que no afeitó su rostro más por olvido que por un asunto estético. Las cuencas de sus ojos oscuros le daban un aspecto vampírico y triste, como una película francesa en blanco y negro donde el protagonista guarda silencio en los momentos de tensión dramática.

Hace mucho que apreté un interruptor y apagué los sentimientos. Fue una decisión, un ejercicio de voluntad. No tenía que ver con emociones. Fue la acción que me salvó.

—Miguel, vamos. Ya es tarde. Tengo muchas cosas que entregar mañana.

—Sí. Disculpa que te haya molestado, pero tú eres confiable.

Sus palabras me provocaron desazón. Hago todo lo posible por omitir y evadir la conexión con otros. De seguro él aludía a eso al decirme que era confiable.

El último sorbo del café se sintió frío al pasar por mi garganta.

Todos andamos por la vida actuando. Como la pareja al frente nuestro, como yo ahora y como casi siempre Miguel. ¿Qué es eso de quitarse la máscara? ¿Con qué derecho te desnudas frente a quien no desea verte desnudo? Sentí náuseas.

Nuestros movimientos en la realidad, pequeños, ocultos, grandes, sutiles o dramáticos, no son más que apariencia, una percepción, la ignorancia. Ninguno es la verdad. La verdad no existe. Nadie conoce sus verdades. Abrazamos las mentiras y nos conformamos con una vida deshonesta. Es saludable y templó el ánimo.

La mochila que cargaba se me hizo pesada. Las piernas me dolían y en el cuello tenía una tensión que jalaba hasta mi columna. A pesar de ello, opté por la caminata y no por el traslado fácil, pero triste, que habría significado que Miguel me dejara en la casa. Cuando me despedí tenía la mirada extraviada y torpe. Equivocó el rumbo. No recordaba dónde había dejado el auto viejo que conducía. Las palomas atravesaban el cielo desde las tejas del edificio municipal y el cuerpo de bomberos, hasta los árboles tupidos de la plaza. Los jacarandás ya habían explotado, y sus flores eran una acuarela lila que manchaba las veredas. A pasos decididos emprendí rumbo al oeste, aunque el calor estuviera en su punto más alto.

El tiempo es mezquino y caprichoso. Azota la realidad con drásticos cambios de humor. No me fío ni de la verdad ni del tiempo.

CUANDO llegué a casa los gatos salieron a mi encuentro. Se arrojaron al suelo, se revolcaron y maullaron. Su plato estaba vacío y tenían hambre. Ronronearon apenas les ofrecí pellet hediondo a pescado.

Intenté comer algo, pero no pude comprar pan y cocinar me parece un tedio. Me limité al té y a la pantalla infinita del celu, con todas las luces y redes sociales dispuestas para distraerme.

La conversación con Miguel me obligó a pensar en mí, y eso me molestó. Hasta ese momento había hecho un esfuerzo por dejar de sentir. Cada cierto tiempo contactaba a alguien en Tinder y me arrojaba al sexo casual, aunque realmente no me entusiasmaba. Lo que más me entusiasma es la lectura erótica, descriptiva y detallada para la autocomplacencia. Un narrador que solo existe ahí, en ese paralelo de realidad que se construye entre quien lee y la voz imaginaria.

Mi buzón tenía un mail con un par de instrucciones para mejorar la evaluación de la lectura, a la que debo someter a mis estudiantes mensualmente. Me acosté después de responder, pero mi cansancio no fue suficiente para tranquilizarme. Mi mente quería doblegar mi voluntad. Encendí el celular y busqué un cuento.

Los días pasaron. Clases, reuniones, entrega de mil papeles e informes interminables. Esa semana acabó rápido para mí. Miguel seguía con esa actitud ensimismada. Yo lo evitaba. Entre nosotros no cabían las preguntas ni las opiniones. Él me miró un par de veces a los ojos y se sentó cada día a mi lado para almorzar. Todo parecía normal, aunque incómodo. En los recreos se apartaba y salía al jardín del liceo, espacio prohibido para los estudiantes, pero permitido para los docentes, aunque pocos lo concurríamos.

A la distancia yo lo observaba con cierta curiosidad. Siempre hago eso: observar humanos. Por lo general disfruto mirando a los

otros que deambulan por la vida. Los imagino haciendo cosas, conversando, trabajando, y les atribuyo actividades o pensamientos solo a partir de mis observaciones. Si conversan, casi no puedo evitar concentrarme en escucharlos. En el metro, en la micro, en la calle, en la cafetería, en la plaza, en todos los lugares que frecuento, incluso en mi trabajo.

El viernes Miguel volvió a hablarme. Le pedí que me llevara hasta el paradero de la micro y aceptó. Su vehículo estaba desordenado: papeles, informes, pruebas y libros. No dije nada. No se disculpó tampoco. Casi todo el viaje hasta el paradero fue silencioso, pero ya llegando dijo que me dejaría en mi casa. Yo acepté contenta. El viernes es mejor si alguien te deja en tu casa y así evitar el transporte público y el tedio propio de la clase trabajadora.

Al fin me atreví a preguntarle:

—¿Cómo estás?

La pregunta era simple y le daba espacio para no hablar más, o bien para explayarse.

—Triste, estoy triste.

Guardó silencio y después de unos minutos continuó:

—No puedo dormir y me duele la cabeza. Me da por bañarme; no sé por qué, pero lo hago constantemente. Cuando me levanto, cuando vuelvo a casa y antes de dormir. ¿Por qué crees tú que me baño tanto?

—No sé —contesté riendo.

Lo miraba con intriga. Indagaba en la mente de este hombre delgado y pálido, con rostro de funeral, que conducía un auto pequeño en una ciudad relegada de la urbe.

—Me gusta sentir el agua tibia. Es como una renovación sin renovación.

Yo lo escuchaba y pensaba en las figuras literarias que construía.

—Si pudiera bañarme lo haría todo el día. Tener una piscina sería bacán. Una piscina para bañarme todos los días, todo el

día. Debí estudiar algo que me hubiese permitido trabajar cerca del agua. Ser un pez sería hermoso. Además, no sienten.

—¿Te gusta el agua o te gusta bañarte?

—No estoy seguro. Me gusta cómo me siento cuando estoy en el agua.

—Desvíate aquí. Iremos a ver agua.

La ribera del Mapocho se veía linda. Algunas vertientes naturales descendían por las laderas de los cerros circundantes. Un canto continuo que calma. Se veían pastores acompañando caballos y vacas a la distancia. Comenzaba la primavera y el sol calentaba el aire, pese a la brisa suave que golpeaba nuestros rostros y pegaba nuestras ropas al cuerpo.

—Nunca había venido para acá —me dijo mirándome a los ojos.

—Yo solo vine una vez, pero como hablaste del agua pensé que te gustaría.

—Me gusta mucho.

Fueron más de treinta minutos los que permanecemos en el lugar. Él avanzaba titubeante por la orilla del río, sorteando obstáculos pequeños. Arrojó un par de piedras a la corriente. Yo me mantuve atrás. Era como estar con él sin estarlo al mismo tiempo. Por mi mente pasaron varios recuerdos. No estaba pensando en él, a pesar de que por él quise que viniéramos al río. Pensaba solo en mí, en mi vida durante los últimos cuatro años.

Después de la separación cambié de trabajo. Antes vivía otra vida. Quizás tomé la identidad de alguna mujer y una desconocida tomó la mía, y el universo se reajustó. O quizás haya un universo paralelo donde una mujer como yo, sigue siendo como yo era cuando me quedaba esperando a que las cosas cambiaran. Como sea, sentí pena por esa mujer que se quedó y no se separó.

En estos cuatro años he vivido todo nuevo. Incluso creo que mi vida es nueva y, como toda vida nueva, es frágil pero flexible. Así soy. Me adapto.

Miguel estaba teniendo problemas con la transición, pero no puedo pedirle más. Se está iniciando en ese camino que yo ya transité. Tal vez no es flexible y se adapta más lento. Quizás deba morir un poco para acelerar el proceso.

A unos metros vi a Miguel caminar hacia el vehículo. Yo lo seguí instintivamente. El río es un espacio que te permite sentir y pensar. Yo no quiero ni pensar ni sentir. Miguel ya llegaba a su auto. Me apuré para no atrasarlo.

En el auto tuve la necesidad de fumar. No lo hago desde hace años, pero a veces quiero. En ese momento, con Miguel junto a mí, con el río sonando atrás, mientras revolvía recuerdos y sentimientos, quise encender un cigarro de nuevo. No traía ninguno, pero quizás si lo hubiese tenido lo habría encendido. Fumar es sinónimo de suicidio. Es un suicidio lento y elegante. Tiene aires de intelectualidad y soberbia, pero es un suicidio. Cuando se asoman las emociones yo quiero fumar o beber alcohol. Beber alcohol también es un suicidio, pero no es elegante; es grotesco y perverso. A veces incluso ridículo.

Miguel encendió el vehículo. Dejó el motor sonando durante unos minutos y nos empezamos a mover hacia el centro del pueblo, hacia mi casa a pocas cuadras de ahí.

HACE unos días atrás visité a una amiga.

Mi amiga se tatuó unas flores de colores fuertes. Le hice la observación de que se le veían hermosas. Ella me preguntó por qué no me tatuaba. La verdad es que no me atraen los tatuajes. Además, saber que algo permanece ahí de manera perenne, a pesar de los cambios y los embates de la vida, no sé, no es lo mío. Imagino que las personas que se tatúan tienen miedo al cambio. De lo contrario no se harían tatuajes que los representen en un momento determinado y que permanecerán en su piel, aun cuando cambien física, ideológica o espiritualmente. Quizás hacerse un tatuaje es recordar quienes fueron antes. Una identidad dibujada en la piel como recordatorio para las siguientes identidades.

A mi amiga le conté que había visitado con Miguel la ribera del río. Sofía no conoce a Miguel, así que poco entendía el contexto, pero opinó acerca de las rupturas. Me dijo que las personas no se enteran de que están separadas hasta que se alejan. Al final es un asunto geográfico.

La verdad es que sus dichos me obligaron a pensar y a retroceder el tiempo hasta cuando se fue. Y no es que se haya ido así como de la nada. Yo misma fui quien provocó que ese día exacto él decidiera dejarme. Lo acorralé hasta que dijo «ya no te quiero», con un aire de superioridad que con el tiempo interpreté como desidia. Acto seguido a pronunciar las palabras, tomó un par de pertenencias y salió por la puerta. Yo quedé con la casa y sus cosas adheridas a mi consciencia. Sus pantalones, camisas, chalecos y juguetes de *Star Wars*, continuaban habitando mi espacio como si él fuera a volver en cualquier momento, y su voz volviera a inundarme más allá de mi tolerancia. Pero no, no volvió. La actitud de espera que tuve desde entonces, la expectativa que tenía de su llegada, imaginando todo tipo de diálogos donde él, arrepentido, suplicaba otra oportunidad, fue poco a poco convirtiéndose en decepción.

Bebiendo mi café caliente sin azúcar junto a Sofía me sentí ridícula. Era algo recurrente cuando volvía a recordar la patética escena de esa mujer sobrepasada por las emociones naturales de la ruptura.

—Sofía, ¿te gustaría ir al cine más tarde? —pregunté después del silencio, solo para alejarme del recuerdo y espantar la sensación de vacío en mi pecho.

—Pucha, amiga, ya es tarde. Otro día mejor.

Camino a casa miré las hojas de los árboles temblando. Pequeños remolinos cruzaban las calles y mezclaban papeles, ramas y polvo. La ventisca penetró mi ropa y me cubrió el frío.

EL LUNES fue el día más importante de esa semana en el liceo. El departamento de Lengua y Literatura, en conjunto con el de Historia y Geografía, presentaron una intervención para conmemorar el Día de la Resistencia Indígena. Antes le decíamos «Día de la Raza» o «Descubrimiento de América». Nos liberamos del europeo conquistador y de su herencia de sangre.

Los estudiantes se emocionaron porque debían interpretar bailes tradicionales, ataviados con toda la indumentaria adecuada, y canciones muy sentidas como la de Natalia Lafourcade, escogida para la ocasión. Los niños cantaron a coro. La música y la letra cobró sentido en sus voces. Los profesores y directivos se conmovieron. Los estudiantes llenaron el espacio y las palabras resonaron: «Yo no nací sin causa / Yo no nací sin fe / Mi corazón pega fuerte para gritar a los que no sienten / Así perseguir a la felicidad».

El momento se registró en los celulares, pero su fama desapareció rápido. Hacia el mediodía ya todo el liceo volvió a la tranquilidad habitual. Ese cotidiano formal y rutinario que se despierta y duerme con el estruendo del timbre.

Al finalizar la jornada, transitando por el pasillo hacia el comedor, Claudio, de Segundo Medio, se me acercó.

—Bonita la presentación y todo, profe, pero yo creo que nada va a cambiar.

—¿Por qué tan pesimista, Claudio?

—Porque yo veo que la gente sigue igual. Veo a mi mamá que no puede atenderse en el hospital porque no hay cupo, a mi hermano que dejó la universidad para trabajar porque ya no podía pagarla, y a mis compañeros escuchando reguetón como hipnotizados. No creo que algo cambie.

—Desesperanza. No te lo acepto a tu edad. Dímelo cuando seas viejo, dímelo después de que lo diga yo —mi voz manifestó molestia.

Es un estudiante agudo, de los más participativos, y siempre opina con fuerza. Había incoherencia en sus palabras, una especie de decepción adulta disonante en sus labios jóvenes.

—¡Pfff! Profe, ojalá usted tenga razón y haya algo más. Yo creo que no.

Se alejó de mi espacio y mi ritmo cambió. Volví a caminar en dirección al comedor de profesores, pero me sentí nostálgica de la juventud universitaria y sus marchas por una educación justa. Pensé en la clase del día siguiente. En tres segundos planifiqué analizar la letra de «El baile de los que sobran» de Los Prisioneros.

ESA MISMA semana, al finalizar la jornada, partí donde mi mamá.

Las calles estaban llenas y había atochamiento hasta en la autopista. Todo el ambiente estaba enrarecido, tenso. Una llama se encendió en mi pecho cuando la imagen del Ministro de Economía se refrescó en mi memoria. En una cuña solicitó a todo el pueblo levantarse más temprano para así evitar el pago de la nueva tarifa en horario punta. Y pensé: quizás sí, quizás esté pasando. Ya tocamos fondo.

Me subí a la micro y todo tenía el mismo tono gris neoliberal. Ingresar al conurbano era recordar esas imágenes ochenteras de la ciudad, cuando no había tantos vehículos particulares y todos luchaban por un espacio en la locomoción colectiva: gente que colgaba de las puertas de las micros, o que las detenía en cualquier lugar, sin importar si era o no un paradero. Así estábamos, pero en un Santiago de treinta años después, con más gente, menos espacio y un costo más alto.

La micro se hacía cada vez más estrecha. El aire casi no circulaba y yo me sentía mareada. Tuve la intención de bajar, pero habría sido un periplo llegar hasta la puerta. Contuve los ímpetus y esperé. El panorama a medida que me acercaba a Vicuña Mackenna era más confuso. Revisé el celular. Noticias se sucedían, una tras otra. Todas las calles principales, avenidas y espacios cívicos ocupados, inundados y tomados por estudiantes. Los jóvenes copaban el aire cantando a coro: «Evadir, no pagar; otra forma de luchar».

Decidí retornar a mi casa; deserté de ir donde mi mamá. Me paré del asiento y como pude me abrí paso entre todos esos cuerpos, caras, manos, enredos de pies y piernas. Avancé lento a través del estrecho pasillo atestado de trabajadores.

Salí de la micro. Éramos muchos trabajadores cansados y desorientados por el desorden y la protesta espontánea, que cambiaban el ritmo habitual de Santiago. Ante las barricadas que se encendían y las estaciones de metro cerradas para evitar posibles manifestaciones, parecíamos comprensivos. Hubo uno que, cercano a mí, sonreía y decía: «Los cabros están dejando la cagá».

Atravesé la calle y esperé junto a tantos otros que también esperaban. Los murmullos me hicieron creer que no lo lograría, que quizás tendría que buscar un Uber. Casi no tenía dinero. No podía pagar un vehículo hasta el pueblo. De seguro saldría una cantidad imposible de plata.

Seguimos así, todos juntos, contemplativos, mientras esperábamos una micro que no aparecía. Unos pololos comenzaron a golpear uno de los fierros que sostenía el techo del paradero con una piedra. La sincronía era inevitable. Todos nos sumamos.

Cuando ya había oscurecido, apareció una micro. Venía vacía y llegó hasta ese paradero, según el chofer, por si acaso encontraba pasajeros. Todos subimos. Los pololos también. Estábamos contentos. Algo pasaba y nos pilló en ese paradero. Nos sumamos con nuestras piedras y cantos: gritos antiguos de victorias no logradas.

Llegué tarde al pueblo. La micro sorteó barricadas, ingresó a poblaciones, se desvió muchas veces y recogió a cuanto ciudadano la detuvo. Mi madre estaba desesperada y sonaba angustiada del otro lado del teléfono. Todos sus hijos estaban repartidos por Santiago. Ninguno tenía vehículo. Tuvimos que resolver nuestro traslado y nuestro grado de participación en la protesta.

Llegué a casa cerca de la medianoche. Gatos hambrientos y ruidosos. Me quité los zapatos apenas crucé el umbral. Me arrojé al sofá. Estaba cansada, pero satisfecha. Recordé a Claudio de Segundo Medio y me imaginé sonriéndole.

NACÍ en dictadura y no podré olvidar la represión.

Las autoridades anunciaron que, debido a las protestas y al estallido social, se suspenderían las clases en la capital y en algunas otras ciudades. A estas medidas, además, se agregaba la del toque de queda.

No tenía cómo ir donde mi mamá. Dadas las circunstancias, subirse al transporte público podía terminar en aventura.

Estaría sola mientras durara. Tenía miedo porque los helicópteros sonaban de manera constante. En casa había poca comida y pensé que debería acudir al almacén de la señora Irma, ya que el supermercado fue saqueado durante la noche. Mi pueblo se había vuelto un poco hostil y todo era algo diferente, pero en el fondo era igual.

Sintonicé todos los canales que mi plan de cable puede pagar. Los programas de farándula ya no existían y los matinales habían modificado la parrilla programática. De pronto todos querían decir que en Chile se vivía con lo justo y que la salud y las pensiones eran indignas. Los políticos de siempre se peleaban frente a las cámaras y los reporteros salían a buscar noticias a la calle. Algunos decían: «No lo vi venir». Yo sí lo vi venir, pero me sentía asombrada por la coyuntura, que demostraba que el sistema estaba cómodo y seguro con nuestros modos sometidos.

Recordé a los profesores de Chile luchando por el pago de la Deuda Histórica. Los imaginé recibiendo un cheque de parte del Estado, que al fin los reconociera e hiciera justicia. Hasta allá voló mi ansia. Recordé a la profesora jubilada que filmaron en una estación de metro mientras pedía limosna; al profesor que murió de cáncer sin recibir su jubilación, pese a que la necesitaba para costear los tratamientos paliativos y morir sin dolor.

El almuerzo breve que tuve de zapallos italianos con queso y alcachofas con limón tuvo de telón de fondo marchas, protestas y barricadas, junto con la sensación general de que el poder se empezaba a equilibrar. CNN CHILE tenía desplegado por todo el territorio a sus reporteros hablando de la violencia y los desórdenes. En las redes sociales aparecían las primeras denuncias por violaciones a los derechos humanos. Pese a todo, no se percibía miedo; solo la fuerza de este país y su gente, agotados de tanto esperar dignidad.

A LOS profesores nos permitieron retornar al liceo, pero sin estudiantes, por miedo a que destruyeran el orden restablecido. El gobernador en persona acudió esa mañana. Entró como si hubiese tenido invitación. Atravesó el patio y los pasillos con toda su comitiva y llegó a la sala de profesores. «Custodiados», nos dijo. Nos aseguró que lo estaríamos para evitar problemas. De todas las palabras que pronunció, «custodiados» fue la única que se me quedó grabada en la memoria. Algunos profesores trataron de interrogarlo sobre los problemas a los que se refería, pero ni él ni su comitiva respondieron. Uno, el más alto, tomaba fotografías.

El silencio fue incómodo y el presidente del sindicato, que estaba refiriéndose a nuestro trabajo de esa semana, ya no volvió a hablar. El hombre alto lo retrató con su cámara. La primavera comenzaba a perder fulgor.

Teníamos que hacer tarea administrativa, o lo que sea que eso signifique. Para mí es revisar pruebas y las tantas historias que escriben los estudiantes en mi clase. Los hago describir lugares y momentos. A veces su pluma vuela tan alto que no soy capaz de asirla.

Miguel conversaba cerca mío. Incluso me incluyó en sus conversaciones. No se veía triste; hacía una excelente performance. Los profesores hacían cosas como jugar fútbol. Creían que una de sus tareas administrativas era buscar un espacio para jugar fútbol y no ser perseguidos por la dirección, acusándolos de abandono de sus tareas. En todo caso, la dirección se sumaba a los partidos.

A los días retornaron los niños. Ruidos, timbres, notas, papeles y Miguel silencioso. Recordé que para los partidos improvisados ni siquiera jugó. Ya no desayunaba. No había tenido tiempo de conversar con él a solas. Me limitaba a las interacciones cotidianas como: «¿El niño Valdivia de Segundo D es tuyo?». Ponle buena nota, por favor; él ayuda a su mamá vendiendo en la feria.

ERA VIERNES y todos los compañeros y amigos se irían a marchar a Santiago. Yo también quería y por cortesía invité a Miguel. Primero me miró incrédulo. Incluso sonrió. Luego, para mi sorpresa, aceptó.

—¿En micro entonces?

—No, en auto.

Así fue como partimos al centro de la ciudad.

El vehículo se movía lento, zigzagueando entre tantos otros. Micros llenas, un tórrido aire primaveral. Estábamos en silencio y yo coreaba lo que reproducía la radio. Un dueto entre Mon Laferte y Manuel García. No me gusta ella, pero juntos sonaban completos. Tenían todo lo que se debe tener; eso que ocurre con una canción que terminas repitiendo en tu mente cuando ya ha dejado de sonar.

Era tanto el tránsito y la dificultad que decidimos, después de una breve discusión, dejar el vehículo estacionado y abordar el metro. Desde donde estábamos solo serían unas cuantas estaciones.

El metro estaba lleno. Yo me acomodé contra una puerta. Siempre procuro quedar con mi espalda cubierta y contra una superficie, evitando deliberadamente el roce contra cualquier hombre. Los hombres son una amenaza para el cuerpo femenino en el Metro de Santiago de Chile lleno, aunque estemos yendo a la marcha, aunque en la marcha seamos iguales y nos cuidemos los unos a los otros.

Miguel quedó algo lejos de mí. Logré ver su cara morena, sus rasgos cuadrados, su pequeña nariz y su semblante vacío. Tenía los ojos fijos en la ventana. No había nada que mirar. Es un ejercicio cotidiano de todos los que ocupamos el metro: mirar sin mirar, fijar nuestros ojos en un punto infinito imposible de enfocar.

Sentí un golpe. El vagón se levantó. Después, un frenazo brusco y, finalmente, el latigazo de inercia que supone la detención intempestiva de aquella tremenda cuncuna metálica. Las luces se

apagaron por un momento, segundos. No entendía qué ocurría. Mi corazón se aceleró porque supe que no era normal. Un quiebre en la rutina. El altavoz sonó y una voz masculina solicitó paciencia y calma. Nos indicó que seríamos evacuados y que debíamos seguir las instrucciones del personal que acudiría al vagón.

Murmullos que se transformaron en conversaciones abiertas. Una mujer le decía a alguien al otro lado del teléfono: «Justo cuando estoy atrasada un hueón se tira al metro». Muchos de los presentes sacaron sus teléfonos y comenzaron a registrar con sus cámaras todo lo que ocurría. El ajeteo era como cuando llevan a las ovejas a pastar. Nosotros éramos las ovejas y los pastores eran la gente del metro que no sé cómo aparecieron tan rápido, y con linternas guiaron nuestra salida, primero del vagón y después del túnel.

Miré su cuerpo; no pude evitarlo. Estaba cubierto por una lona de color naranja y la sangre estaba esparcida más allá de su capacidad para ocultarla. También vi al conductor. Estaba sentado en el piso con las manos en su rostro. Lo estaban atendiendo unos bomberos vestidos de verde. Otros bomberos, también vestidos de verde, nos llevaban a nosotros hacia la escalera de la estación.

No sé en qué momento, durante ese largo proceso de llegar hasta la superficie, Miguel me tomó la mano. No lo noté, o quizás sí, pero estaban pasando tantas otras cosas que su mano sobre la mía fue lo menos relevante.

GUARDÉ silencio largo rato. No sé cuánto caminamos hasta llegar al paseo Bulnes y no sé por qué llegamos hasta allá.

Después de salir del metro y subir la larga escalera hasta la calle, Miguel me soltó la mano. Ese gesto fue el que me hizo notar que veníamos muy juntos, y que habíamos subido todos los peldaños con los dedos entrelazados.

El aire estaba caliente. La marcha se hacía grande y una sola columna de gente avanzaba hacia Plaza Italia. Bulnes tiene eso como de pausa. Un paseo peatonal que sosiega el apuro ciudadano. No había tanta gente. Al fondo se observaba la bandera chilena gigante, casi sin movimiento, y La Moneda blanca e imponente.

Nos sentamos cerca de la fuente, en uno de los espacios verdes. Ninguno dijo nada. Ensimismados tratábamos de explicarnos a nosotros mismos lo vivido: alguien se quitó la vida arrojándose a la línea del metro, siendo arrollado por el mismo vehículo donde nosotros íbamos rumbo a Santiago para marchar.

Me sentí mal. Pensé que vomitaría, pero solo fueron náuseas. Miguel no decía nada. Con un gesto de cansancio, estiró sus brazos y se recostó sobre el pasto cerrando los ojos. Yo me quedé sentada a su lado.

Me dijo que mejor volviéramos. Ya no quiso marchar. Durante el trayecto estuvo tranquilo, incluso relajado, sobre todo cuando yo cantaba las canciones que sonaban desde la radio. Pero ahora se había vuelto taciturno. Me sentí mal. Me dolía el estómago.

Las estaciones del metro estaban cerradas por la marcha, así que en sentido contrario y por vías alternativas emprendimos nuestra caminata hacia el vehículo. En una esquina, un joven estudiante que caminaba ofreciendo banderas fue golpeado y detenido por los pacos. La gente gritaba para que lo liberaran. Muchos grabaron el proceso completo. Yo me preguntaba por qué. El hombre que se

arrojó al metro también fue grabado después de su exitoso plan. ¿De qué sirve grabar la muerte? Es un registro vacío: la certeza de que la vida se acaba y que está mal pelado el chanco. Registrar la vida y las palabras es aportar con esperanza. Rabia y esperanza eran la combinación perfecta que necesitábamos. Eso era lo que grababan.

Se llevaron al estudiante. A la fuerza lo subieron a un vehículo policial. Las imágenes comenzaron a circular de inmediato por redes sociales.

Llegamos al pueblo tristes. No marchamos, no hablamos. Ese día lo único extraordinario que vivimos fue la muerte de un hombre sin nombre y sin rostro. Eso y la mano de Miguel en mi mano por algunos minutos, cuando intentábamos salir del túnel.

Miguel me dejó en la casa. Los gatos, como siempre, ajenos a mis tribulaciones, me ayudaron a conciliar el sueño. Estaba cansada. Me pesaba el cuerpo y las piernas me dolían.

AL DÍA siguiente me despertó una pesadilla. Estaba en una habitación desconocida. Mi ex estaba acostado y me llamaba con la mano. Yo lo miraba desde el otro extremo de la habitación y le decía que no. Me invitaba insistentemente a entrar a la cama con él, pero yo seguía negándome. Se acercó a mí sin salir de la cama y tomó mi muñeca, forcejeando. Ante la insistencia y su rudeza me acerqué. Entonces abrió la cama y se destapó. Una extraña figura negra que huía de la luz apareció. Nos observaba desde el fondo con ojos rojos. Horrorizada, me alejaba mientras él era arrastrado por la cosa desde los pies hasta el fondo de la cama, a una oscuridad profunda. Me gritaba que lo salvara, pero no lo hacía. No tuve intención alguna de salvarlo. Desperté gritando.

Mis desayunos de fin de semana son sin ganas. Durante la semana llego a desayunar al trabajo. En una mesa grande colocamos pan y algo para ponerle, calentamos agua y bebemos té o café. Los saludables se preparan frutas con yogurt y avena o infusiones complejas. Ese espacio resulta acogedor y familiar. Podemos comentar las noticias o referirnos a cosas domésticas como lavar ropa o cortar el pasto.

Ese sábado mi desayuno fue breve. Quise tomarlo antes de la ducha. Un café con leche y dos tostadas con mantequilla y queso. La pesadilla me dejó confundida. Incluso googleé el significado del sueño, pero no me agradaron las interpretaciones que hallé en la web. Prefiero pensar que el hombre con el rostro de mi ex que vi y me llamaba era, en realidad, el sujeto desconocido del metro sin rostro ni nombre al que no pude ayudar. El hombre del metro y mi ex se asemejaban porque ambos vivían atormentados.

Me bañé tarde. Antes vi un par de capítulos de una serie de la plataforma pagada que contraté para reemplazar la compañía humana. Desde que tengo esa posibilidad leo menos, pero igual intento

hacerlo a diario. Entre las lecturas obligatorias a las que someto a mis alumnos trato de incluir nuevos títulos, salir de los clásicos y adentrarme, aunque sea un poco, en autores contemporáneos. Me traje desde la biblioteca del liceo una novela de Lina Meruane y con ella pasé el día y la noche. Salí a regar más tarde y, después, cuando el sol finalmente empezó a esconderse, decidí caminar.

La tarde estaba tibia y se veía la luz roja del astro desde el oeste, aunque había suficiente claridad como para garantizar un retorno de día a casa. Dos cuabras y después un camino de tierra. Ahí se asoma el río.

Me prometí a mí misma que sería breve. Caminar un poco para despejar la mente. No puedo evitar el miedo en lugares aislados. Ser mujer y sentir miedo de esas cosas es la norma.

El río estaba lindo. Ese sonido constante del agua corriendo y las flores de primavera, con sus tonos amarillos y naranjas, fueron un remedio para la ansiedad. Había un par de familias cerca y me tranquilicé.

Es mi tercera vez a orillas de este río. Lo enfrenté con la certeza de que el agua corriendo apagaría mis temores. Intentar no sentir.

Volví a casa justo antes del anoecer. Se veían columnas de humo en el centro del pueblo y también en las cercanías. Iniciaban las barricadas. El sonido de los helicópteros que copaban el cielo no me gustaba. Nunca me acostumbraré a ellos. Prefiero una cacerola sonando destemplada y un par de neumáticos ardiendo a esos matapijos metálicos cortando el cielo de la ciudad con su ruido amenazante.

Mi celular tenía dos llamadas perdidas. Eran de Miguel. Mi primer impulso fue devolverle la llamada, pero no lo hice. Pensé en la incomodidad de enfrentar una conversación, intentando parecer casuales, eludiendo lo que había ocurrido el día anterior. No sé qué habrá pensado o sentido cuando yo no contesté. Quise mandarle un texto, explicándole que no llevé el teléfono al río, pero tampoco lo hice. Además, no quería saber qué estaba sintiendo otra persona.

Al caer la noche retorné a la serie y después de un capítulo volví a mirar el celular. Había tres llamadas perdidas de mi mamá y una de Miguel. Era tarde. No llamé a ninguno de los dos.

El domingo es como un día actuado. En mi vida anterior los domingos eran de pollo asado y papas fritas, película y conversación. Eran reír un poco y maldecir el trabajo mal pagado y la falta de descanso. Ahora los domingos son lentos, duran mucho y siempre terminan conmigo preparando material para la semana laboral, o corrigiendo pruebas y textos de mis estudiantes que, a pesar de mis esfuerzos, no logro terminar.

TODA esa semana observé a Miguel. No se sentó conmigo y tampoco salió al jardín prohibido. Lo vi conversando mucho con la colega de Biología. Incluso la llevó tres de los cinco días de la semana, al finalizar la jornada, en su vehículo viejo y lleno de papeles. A mí no me mira y solo se limita a saludos breves.

Tuve que preparar una presentación con el grupo de estudiantes del taller de teatro. Eso me obligó a quedarme hasta más tarde algunos días de esa semana.

Los estudiantes se ponen felices con el teatro. Actúan y se disfrazan, se maquillan y quieren jugar a que son los personajes que uno les dicta que son. La obra es un simple sketch sobre el acoso escolar y sería presentado frente a las autoridades.

Los ensayos fueron distendidos. A mí no me agrada llamar la atención a los jóvenes y esperar a que se enfoquen según mi tiempo es absurdo, más aún si consideramos que ellos participan en estos proyectos por su propia voluntad. El resultado es que se tardan un poco en lograrlo, pero siempre cumplen con las expectativas.

El sketch se presentó el jueves y salió bien. La dirección quedó satisfecha. Recibí palabras de complacencia de su parte. No sé actuar, pero dirigir a un grupo de estudiantes se me da bien.

Cuando volví a casa esa tarde se escuchaban protestas cerca. Al caer la noche los sonidos cambiaron a algo como balazos. Horas después el gas de las lacrimógenas se filtraba por las ventanas. Dormí mal y poco. No le conté a nadie lo que ocurrió, porque la vida de todos es más complicada que la mía y me da vergüenza quejarme. Yo debía soportar esos miedos. Mis estudiantes, en cambio, viven de a ocho en departamentos de treinta y seis metros cuadrados y mis compañeros deben continuar pagando las cuentas y el dividendo, aunque sus parejas hayan perdido el trabajo.

El viernes busqué a Miguel con la mirada durante el almuerzo, pero fue coherente con su comportamiento de la semana y almorzó con ella. Después, al finalizar la jornada, se la llevó.

Ese día decidí ir a ver a mi mamá. Al caer la noche, vendría una nueva protesta que me robaría la calma y quizás me transportaría a una soledad nueva, y me daba lata enfrentarla.

Retorné al pueblo el sábado. El viaje duró cuatro horas y, para amenizarlo, además de observar a los seres que se sentaban junto a mí o que pasaban con sus vidas sin expresar, escuché una lista de Gepe en mi celular. Traté de leer una novela que me ha costado terminar, *Kafka en la orilla* de Haruki Murakami; pero con el calor, el tedio y el sofoco, no pude.

Al llegar a casa me duché. Los gatos reposaban cubiertos por la sombra del limonero. No se movieron de ese lugar fresco hasta que salí a regar. Les gusta beber el agua que se acumula en las plantas. Debe ser por el sabor de la tierra.

A eso de las once de la noche sonó el celular. Tengo el hábito de dejarlo en silencio, pero por la tranquilidad de mi madre lo había dejado con vibración. Mi amigo Sebastián quería saber cómo estaba. Le informé que me sentía bien y que solo me preocupaba que la protesta se tornara dura otra vez. Le conté que hacía un par de noches atrás hubo enfrentamientos entre la policía y los que encendían las barricadas a una cuadra de mi casa, y que dormí apenas.

Me ofreció venir a visitarme. Yo no me imaginaba carreteando en nuestra realidad distópica, pero qué más daba: la compañía humana es necesaria.

Sebastián llegó a eso de la doce y media. Carrete piola. Se quedó a dormir en el sofá.

En la mañana, la tranquilidad solo se interrumpió por los niños que jugaban en la plaza y el haz de luz que se filtraba a través de las cortinas baratas que compré en la tienda del pueblo.

Al levantarme coloqué la playlist de los éxitos de los noventa en inglés para darme el ánimo necesario para ordenar y limpiar. Sinéad O'Connor, 4 Non Blondes, U2, Sting, Cranberries y Pink Floyd. La maravilla de haberlos escuchado de adolescente es que aprendes a extrañarlos cuando ya asumiste que eres más latina que gringa y que su cultura es foránea, pero es parte de tu identidad

SEGUNDA PARTE

CONCLUÍ que estaba enredado con la profesora de Biología por sus cambios sutiles. Un extraño nerviosismo en sus gestos y lo más evidente: no mirarme a los ojos. En la cafetería, cuando me soltó la historia del engaño, hizo lo mismo. Igual después de la marcha, pero de otra forma. Ahora simplemente me ignoraba. Me molestó esa indiferencia agria y petulante. Como si él fuera superior porque yo callaba mientras él corría tras una mujer dispuesta a perder su paz mental para tolerar a alguien desequilibrado solo por autocompasión. De seguro la profe de Biología debe necesitar algo. Quién no.

Los profesores de Biología son parecidos entre ellos. Saben mucho de ciencias, aportan siempre su ángulo en los achaques de los otros. «Me duele la rodilla», dice un profesor futbolista aficionado. Los profesores de Biología acotan: «Anda a verte los meniscos. A tu edad hay desgaste del cartílago. Toma colágeno en ayunas». Otro dice: «Me siento cansado. Parece que dormí muy poco». Los de Biología, con aire altivo e intriga en la mirada, responden: «Ponte vitamina B. De seguro el estrés está afectando tu sistema inmune». Y así las conversaciones de nuestra salud, una y otra vez, pasan por sus filtros de conocimiento. Quiero sentir antipatía por la profesora de Biología, pero es encantadora.

Miguel de seguro está con ella. Me pregunto cuándo ocurrió. ¿Habría sido después del incidente del metro? ¿Habría sido cuando yo no contesté sus llamadas? ¿Habría conversado largo con ella? ¿Habría conversado con ella más de lo que conversó conmigo el día del café? ¿Ella sabrá más de él que yo? ¿Habrán hecho el amor?

La profesora de Biología es linda, graciosa y joven. Se relaciona con todos de manera abierta y con sonrisa. A mí se me da fácil con los más cercanos, pero con los otros me comporto más tímida y desconfiada. Eso hasta que se transforman en amigos. Miguel es mi amigo desde lo de la cafetería, o eso quiero pensar. La profesora de Biología, además, no conoce a Miguel como yo. Él es una incógnita para la mayoría y, aunque sea difícil interpretarlo, lo conozco. Eso pasó sin que él se diera cuenta. Hace muchos años su mundo quedó al descubierto, y yo coincidí en ese momento preciso para que desde mi metro cuadrado pudiera notarlo.

Un martes me quise sentar junto a él en el comedor, a la hora de almuerzo, pero me detuvo una especie de pudor. Elucubré con liviandad sobre lo extraño que sería acercarme después del tiempo sin hablar. No sé. El impulso solo me duró el tramo que transcurrió entre la espera para recibir el almuerzo y recibirlo. Cuando ya tenía el plato en mis manos, me encaminé a una mesa donde se conversaba de política contingente. De soslayo miré a Miguel. Él no me miraba.

SU EXMUJER se llama Victoria. Miguel la llevó a la celebración del Día de la Madre en el liceo hace unos años. Hice esfuerzos para revivir el recuerdo lo más nítido posible. En esa ocasión Victoria nos contó la historia de cómo se conocieron a todos los que tuvimos que escucharla por la coincidencia de estar juntos en la actividad impuesta por la dirección.

El verlo con la profesora de Biología y saber que me tomó la mano y que me llamó repetidas veces y no contesté, me hizo recordar el relato de Victoria. También recordé la soberbia que percibí en las palabras de ella. No pude evitar contrastar ese recuerdo con la profesora de Biología, porque ella no se parece en nada a su ex.

Ese día nos obligaron a permanecer sentados en una mesa redonda. Yo estaba sola, pero muchos llegaron con sus parejas. Miguel llegó con Victoria y ella quedó justo a mi lado. No intercambiamos palabras y, como en aquella época Miguel era un compañero de trabajo, no un amigo, no fui entusiasta en la conversación. Victoria sí.

«Miguel quedó deslumbrado por mi alegría», dijo. Según explicó, él llegó a última hora al cumpleaños de una amiga de la universidad en común. Llegó a una hora en la que ya no se espera a nadie; pero eran jóvenes, así que haber llegado tarde fue mejor que no haber llegado. Eso pensé con el relato de ella.

Victoria le habló primero, y es que Miguel no se animó a hacerlo cuando cruzó la puerta y la vio risueña y desenvuelta, sentada en el sofá grande, conversando con alguien. Imagino que Miguel se sintió invadido por una timidez absoluta justo en el momento en que se fijó en ella. Ella también se fijó en él, pero a ella no la invadió la timidez. De eso sí que estoy segura.

Victoria me miraba directo a los ojos. Yo quería evitarla. Incluso me tocó. Puso su mano sobre mi brazo y apretó su puño, obligándome a prestarle atención.

—Él es mi pez en la pecera —lo afirmó sin titubeos.

—¿Un pez? —le pregunté ante su insistencia.

—Él sabe que yo estoy con él porque quiero, que en cualquier momento me iré.

Yo no la conocía, aún no la conozco y sus palabras me sonaron a pedantería emocional.

—Cuando llegó al carrito lo miré y dije: «Él es mío» —sonreía mientras hablaba porque se sentía autocomplacida.

Mi silencio era igual al de los otros en la mesa. Cada tanto Victoria se volteaba y miraba al otro lado, y con el otro interlocutor también gesticulaba de manera exagerada, tocándole los brazos. Ella quería toda la atención.

—Le dije: «¿Quieres beber esto?». Y él bebió —en sus oraciones marcaba la fuerza de su voluntad sobre Miguel.

Había logrado cautivarme. Me sentí seducida por Victoria. Todos ahí lo estábamos. Nadie la interrumpía. Nadie se paró de la mesa y nadie preguntó nada; solo la escuchábamos. Ella nos sonreía a todos. A mí también. Movía su pelo ondulado y sus rizos teñidos de rojo brillaban al sol.

—Él bebió calladito el cóctel. Ni siquiera me dijo que no le gustó. Así es él. Siempre cede.

Ella fue así, drástica, sensual; y, en esa mesa, luciendo enorme, siendo impúdica, no tuvo compasión de su esposo. Era la más honesta de todos los que allí estábamos.

Escuché esa historia narrada por Victoria, sonriendo a momentos y a momentos sintiéndome mal por la desnudez a la que Miguel fue sometido, en una actividad extraordinaria a nuestro trabajo y, además, no remunerada. Y es que a nosotros no nos pagan horas extras. Todos creen que debemos ser serviles y voluntariosos por vocación.

Miguel cedió primero, y eso se transformaría en la cotidianidad de esa pareja: uno de los dos doblando al otro.

Eso fue lo que Victoria manipuló. Lo notó inseguro y se sintió poderosa. La inundó un sentimiento de alegría que, años después, en una celebración de liceo, reafirmaría. Así era la vida de ellos. Miguel reprimía sus emociones y su personalidad se opacaba, y Victoria se transformaba en una mujer brillante, llena de luces, que no pasaba desapercibida y que en cada gesto derramaba pasión. Era bella; pero su gracia, simpatía y liviandad eran su principal atractivo. Todos lo supimos solo con haber compartido ese momento. Ella narraba todo con la soltura de una anécdota cómica que, en realidad, era cínica.

Pienso que para Miguel conocerla fue como perder el sosiego. Imagino que se sintió apabullado por las emociones que Victoria le provocó desde el comienzo. De seguro no sabía si se había disminuido él o si ella era gigantesca. Como haya sido, se precipitó a esos sentimientos nuevos y cayó en un vacío profundo al que llamó amor. Pero no era eso. Yo lo aprendí con el tiempo que llevo sobre este mundo, al igual que Miguel ahora está aprendiéndolo.

Esa vez no sabía que Miguel me contaría, años después, en una cafetería, que Victoria ya no lo amaba y que lo dejaría para irse tras la felicidad. Aquel momento fue incómodo. Ahora siento rabia con el recuerdo y no sé bien por qué.

DE A POCO entendí que Miguel era una prolongación de Victoria, ese pez encerrado que ella tan bien me describió. Miguel daba giros y volvía al mismo punto. Ella era la pecera. Su mundo se limitaba a las decisiones que tomaba su esposa. «Yo ya no quería vivir donde mis padres, así que me arrendé una casa con Miguel y quedé embarazada. Hasta ahí llegó la diversión». Eso fue lo que dijo.

De seguro él se sintió como un privilegiado. Tendría por siempre el gusto de despertar con el olor de su cabello rojo en el rostro, y ese olor habitaría en su ropa, en sus cosas y en su auto de profesor, sucio y lleno de papeles.

Miguel no se quería separar porque todos somos un hámster corriendo incesantemente sin saber que hay más en la vida aparte de la rueda. Ni siquiera lo cuestionamos. Un hámster no cuestiona nada. Su jaula y la rueda son las verdades que lo protegen. Victoria era la rueda, la jaula, el acuario, la madre de sus hijos y la cadena perpetua de Miguel.

—Cuando le dije que estaba embarazada, él estaba feliz —complementó su relato.

Así fue como un día ella se lo anunció. Felicidad, felicidad infinita. La criatura de ellos. La síntesis total de ese amor desgarrador que sentía Miguel. Se dictó la condena y el culpable asumió su castigo alegre. Sentía que se salvaba de la soledad.

Victoria lucía simple en la crianza. Una rutina que entre otras cosas consistía en que Miguel fuera diligente. Miguel lo era. Eso nunca lo mencionó ella, pero yo lo vi. Vi cómo él cuidaba a los niños y atendía los más diversos requerimientos de Victoria: más agua, algo para comer, más sombra. Miguel, además, perseguía al menor de la familia y trataba de que la mayor no estuviese aburrída. Él hacía todo eso y ella hablaba y hablaba de sus vidas. Yo supe más de la

vida íntima de Miguel en esa celebración que en todo el tiempo que habíamos trabajado juntos.

¿Cuánta culpa había en los actos de absoluta entrega que hacía Miguel por ella y por los hijos? Imagino que la culpa de quitarle a ella la libertad, la belleza y la juventud. Quizás era saberse insuficiente para ella, porque ella «se iría cuando quisiera» y él quedaría solo y náufrago, muriendo lentamente, porque nadie le daría las migajas que se necesitan para aguantar la vida en la pecera. De verdad quisiera fumar. Se me hace insufrible el peso de esta sentencia, que es la verdad de todos los que alguna vez fuimos peces o hámsteres.

Los detalles que nos dio a todos los de la mesa ya los conocíamos, porque nuestras vidas se parecían demasiado como para no sentirnos mal por Miguel y por nosotros, que nos subordinábamos a la decisión del director del liceo, que necesitaba congraciarse con la comunidad a expensas de nuestro tiempo y paz mental, y que con esa decisión nos obligó a coincidir en esa mesa donde se desnudaba a un hombre.

Victoria nunca sabría que yo me sentiría triste por Miguel y otra vez jalada a hundirme en el mar del pasado, similar a tantos otros pasados.

NOTÉ un segundo cambio en el comportamiento de Miguel. No volvió a llevársela en su auto pequeño. Supuse que algo había pasado, algo raro que los alejó. Y de pronto sentí alivio.

Ese alivio me ayudó a sonreír. Ese poco de sonrisa que comencé a evidenciar lo notaron los otros que nos rodeaban. Una profesora de Inglés me dijo, en tono cordial, tratando de sonar casual: «Parece que te volvió el alma al cuerpo». Yo la miré y le respondí, con toda la rapidez con la que el aire que entraba a mis pulmones me permitió, que no sabía a qué se refería.

LOS ÚLTIMOS días siempre son de estrés. Los estudiantes se detienen afuera de la sala de profesores y los profesores escabullimos sus miradas, sus preguntas, sus ruegos. Nos esperan, nos acechan. Quieren subir notas, otra oportunidad, pasar de curso, salir del liceo. Quieren libertad.

Faltan notas, faltan estudiantes, faltan más marchas y falta que en Chile la gente pobre se eduque con un propósito mayor que solo patear piedras en la plaza, traficar en la población o trabajar como obreros para una empresa. Estudiar, la educación superior, es solo para los escogidos, y los escogidos en este liceo son pocos. En este liceo los más son los que nadie elegirá. Ellos lo saben, así que no se esfuerzan y solo esperan a que llegue el momento, ese de esperar a los profesores y de pedir que revisen sus situaciones, porque saben que los profesores lo harán.

El fin de año es tedioso: mucho trabajo administrativo, calculadora y notas pendientes. Los estudiantes con promedios puestos casi no asisten. Los otros deambulan como zombis o fantasmas en penitencia, arrastrando cadenas.

CADA año hacemos la graduación; ese ritual ceremonioso donde, con palabras cálidas y buenas intenciones, los profesores despedimos a los estudiantes que han terminado su ciclo de educación secundaria.

Detrás de cada graduación hay un despliegue de esfuerzo y creatividad. Cada departamento del liceo atiende algo. Algunos profesores ayudan a decorar o producir los programas, los discursos, el número artístico, los libretos, el cóctel, lo que sea.

Es una tarea agotadora. Miguel toca la guitarra, así que su parte consiste en apoyar al profesor de Música con el número artístico. Con anticipación reúnen a los jóvenes músicos. Encierran a los estudiantes a ensayar en una sala que no tiene aislación acústica y que se encuentra cercana a la sala de profesores. Este año escogieron «Al final de este viaje» de Silvio Rodríguez. Hay dos jóvenes que tocan, uno hace el solo y el otro rasguea. Se incluyó la voz del profesor de Química para crear una interpretación emocionante. Los jóvenes músicos son estudiantes cariñosos. Ellos son parte de los escogidos que, de seguro, egresarán para entrar a la educación superior. Me pregunto si algo tiene que ver la guitarra o el profesor Miguel de Matemática.

Desde temprano las profesoras de Arte y Tecnología afinan los detalles. Mucha circulación de gente. Hay estudiantes que instalan los equipos. Lo hacen con entusiasmo y son simpáticos. En las pruebas de sonido abunda el reguetón.

Me tocó asumir la responsabilidad del libreto. Como esto es habitual siempre guardo uno, el mismo que reajusto año a año.

—¿Ya está listo el libreto? —preguntó la docente de Historia que coordinaba el ensayo general.

—Casi. Me faltan algunos detalles —respondí con calma en la voz y en la mirada.

Para todos es importante que el libreto esté a tiempo. En realidad, cada detalle es importante, así que los más preocupados siempre preguntan lo que sea que les permita cerciorarse de que todo funcione perfecto el día de la ceremonia.

El ensayo se realizó en el patio. Los profesores animadores hacían bromas y se reían, mientras el resto desempeñábamos lo mejor posible nuestro rol.

El profesor de Música llamó a los músicos, enchufó las guitarras y reguló las perillas que hay en la mesa de sonido. Miguel se unió a ellos con diligencia. Los jóvenes interpretaban el tema deteniéndose en detalles. El profesor de Música daba instrucciones y les ordenaba comenzar de nuevo una y otra vez. Lo mismo a Miguel y al profesor de Química.

Estábamos cerca, pero él evitó que fuera demasiado. Me sentí triste y confundida, pero lo soslayé. Me limité a las correcciones precisas al libreto y a que fuera rápido. Estábamos cansados, había que terminar. El ensayo acabó tarde. El profesor de Historia se ofreció a dejarme cerca de casa. Acepté y agradecí el gesto. En mi interior habría preferido que Miguel lo hubiese ofrecido primero.

Los gatos no sienten tristeza. Lucen sus colas peludas frente a mí como para hacerse notar. Ni las barricadas que se encienden o los fuegos artificiales que explotan les ahuyenta la seguridad de la casa en la que habitan.

UNA CEREMONIA extensa. Todos daban discursos. Un par de profesores, un estudiante, un directivo y hasta el alcalde. Entremedio la entrega de los diplomas y, por supuesto, el número artístico, justo a la mitad de la ceremonia, para transformarla en una pausa que permitiría evadir el aburrimiento.

Escuché las guitarras atentamente. Intenté imaginar qué pensaba Miguel.

Al finalizar: un cóctel. Yo habría preferido ir a la marcha, que coincidió con el evento obligatorio, pero cumplí con la responsabilidad de despedir a los estudiantes que nos dejaban para iniciar su incierta vida nueva.

Cerca de las once de la noche terminó todo. Había que recoger lo que quedó tirado y limpiar lo sucio. Tomé unas sillas y las apilé, y con otros las colocamos en una sala. Las fundas se recogían también. Ayudé a doblar algunas. Todos colaboramos.

Miguel, con la ayuda de los otros músicos, desmontó los instrumentos y los acomodó en la bodega improvisada junto a la sala de profesores. Después también se acercó a doblar fundas, justo a mi lado.

—Esperanza, ¿te llevo a tu casa?

—Sí. Llévame.

En el auto no éramos solo Miguel y yo. Había ofrecido llevar a sus hogares a los estudiantes que ayudaron a desmontar el escenario y los equipos de sonido. Recorrimos la comuna completa. Visitamos dos de los barrios grandes: los estudiantes se bajaron en cada uno de estos. Yo sería la última.

—¿Por qué no sonríes, Espe?

—¿A qué te refieres?

—Te observo y lo he notado —su mirada seguía fija en la calle.

—Miguel, yo no ando por la vida mirándote y sacando conclusiones acerca de tus sentimientos —lo dije tratando de convencerme a mí misma.

—Me gustas.

—¿Y eso? No sé qué decirte. Deberías pensar bien de qué se trata esto de que te gusten todas. Hasta hace una semana andabas con la Tania de Biología.

Miguel sonrió y se volteó por primera vez para hablarme.

—¿No era que no sacabas conclusiones? —sus ojos se agrandaron.

Guardé silencio. Me sentí imprudente y me dio vergüenza.

—¿Podemos conversar un rato?

—Estamos conversando.

—Espe, ¿tú nunca sales con otras personas?

—¿Para qué?

—Para distraerte, conversar.

—No. Me gusta la soledad. Además, tengo amigas y a mi mamá, y no me gusta perder tiempo.

—¿Estás perdiendo tiempo?

—¿Ahora?

—Ahora.

—No. Venimos de la ceremonia y necesitamos descansar. Y si me llevas, gano tiempo.

—¿Por qué no me respondiste el teléfono?

—Porque me dio lata.

—¿Qué?

Llegamos a la casa. Se acomodó junto a la vereda. Detuvo el vehículo y me miró.

Yo tomé el bolso y el arreglo floral que me traje del liceo. Acomodé el calzado que me había quitado por el dolor que me producían los tacones, que hacían juego con el vestido negro de todos los años.

—¿Qué te dio lata, Espe?

—La situación. El hombre del metro y que la marcha se nos funara. Nada resultó bien esos días. Y la verdad, es cómodo que no resulte. Y tú, además, con la profesora de Biología.

—No pasó nada con Tania, si eso te preocupa.

—No me preocupa. Tú puedes hacer lo que quieras. Pero ¿sabes? Tu mujer se fue hace poco y tú andabas buscándole sentido a tu pena con una mujer más joven y después no. Y antes, el día de la marcha, me tomaste la mano. Eso es raro. No me das confianza.

—¿Ni como amigo?

—¿Qué tipo de amigo quieres ser?

—No sé.

—Ese es el problema. No sabes lo que quieres, buscas o esperas. Eso me da lata.

—¿Y tú? ¿Sabes todo ya?

—Puede ser que no. Pero no intento por eso arrastrar a otros al vacío conmigo.

—Eres dura.

—¿Y qué? No me interesa guardarme lo que pienso o intentar parecer simpática para agradar. La vida es difícil, amigo, y tú debes intentar hacértela más fácil. Si andas inventándote dramas o cayendo en agujeros para no estar solo un rato contigo mismo es porque te falta caer un poco más.

—No quiero. Quiero estar acompañado.

—Y yo no quiero acompañar a nadie po.

—¿Podemos entrar a tu casa y tomar algo?

—No. ¿Me trajiste pensando en que te dejaría pasar?

—No.

—¿Para qué quieres pasar?

—¿Puedo besarte?

—No.

—Eres pesada.

—¿Por qué? ¿Por qué no me interesa ser arrastrada a tu hoyo negro?

—No me esperaba que actuaras así.

—Claro que no. Estabas pensando como un hombre desesperado. Mira, ándate nomás. Creí que eras mi amigo y que me venías a dejar. Ahora entiendo porque no te respondí. Fue instintivo. Aprende a sobrellevar la realidad, mejor.

—Enséñame, Espe.

—No. Eso se aprende solo. Todos lo hacemos así.

—Por favor. No sé si pueda hacerlo como tú.

—Olvidalo. Eres un egoísta. No entiendes nada.

—¿Qué hago?

—Nada, Miguel. Nada. Espera un rato. Quédate quieto. Escucha el silencio. Anda al río. Haz cosas que te obliguen a pensar. No sé. Sufre. Sufre solo. Así toda esta confusión pelotuda que tienes se te va a quitar.

—Extraño a mis hijos.

—Mentira. Tú no sabes lo que extrañas. Tienes un remolino de sentimientos dentro del pecho. Me voy. Descansa.

Cuando cerré la puerta del auto viejo me sentí libre. Me quité de encima una ansiedad desconocida. No se parecía a la ansiedad del duelo, el desamor o el abandono. Era como la ansiedad antes de entrar al dentista. Saber que dolerá, pero es inevitable y un alivio al final.

Los gatos estaban inquietos. El gato corría por la casa, atacaba a la gata, le saltaba encima. Ella se escondía. Buscaba espacios seguros. Se metió entremedio de mis piernas.

EL LUNES me saludó como si nada. La conversación sirvió para alejarlo, pero también para acercarlo. Volvió a almorzar conmigo y abandonó esa actitud de alma sufriente obligada a permanecer de pie en un patio de castigo.

Cuando los jóvenes de Cuarto Medio se gradúan, el liceo pierde el ritmo. Todo se hace lento. Y eso está bien; pero no tanto, porque hay que abocarse a tareas administrativas. Los profesores evadimos esas tareas. O quizás solo yo. No sé. Es que hay algunos muy disciplinados que llevan los Excel y Word en carpetas con etiquetas y detalles como fechas y cursos. A mí esa parte no me sale muy bien. En realidad, la sobrellevo. Mejor es leer y hacer como que uno está agobiado de pega. Entre los libros de clases y los papeles, guardo poemas de amor de Alejandra Pizarnik e Idea Vilariño que me ayudan a tolerar el calvario de la rutina.

LAS MARCHAS hacia Plaza Dignidad se volvieron multitudinarias y se repetían cada viernes. Me recuerdan a esas marchas del movimiento estudiantil del 2006 y del 2011, cuando los secundarios y los universitarios salían a pedir gratuidad en la educación. Yo no estudié gratis. Ninguno de mi generación pudo hacerlo. Eso sí, había quienes tenían becas, pero eran los menos.

La consigna era: «No son treinta pesos, son treinta años». La gente rebautizó todos los íconos de la ciudad, como el cerro Huelén que se llamaba Santa Lucía, o la Plaza Baquedano que ahora se llama Dignidad. Las marchas eran hacia Dignidad. La conquista de ese espacio físico es la metáfora del alcance de una vida menos precaria.

Le arrancaron los ojos a un joven: le quitaron la luz. Las fuerzas policiales reprimían la protesta social con balines de goma, disparándolos a los ojos. Estábamos tan consternados por lo que ocurrió que nos organizamos con otros profesores de otras escuelas y liceos, y salimos a marchar por las calles del pueblo.

Se nos unieron estudiantes y movimientos ecologistas. Todos querían decir algo. Todos tenían los gritos atorados. Mi pueblo era uno más dentro de este país que se movilizaba por la falta de equidad y justicia social.

Cuando íbamos marchando, se me acercó Jesús, un exestudiante. Me contó que no pudo continuar estudiando porque su papá había fallecido y tuvo que trabajar para ayudar a su mamá. Se volvió operario en la papelera.

—¿Volverás a estudiar?

—Quizás, profe, quizás.

El verano se acercaba. El sol golpeaba con su calor y su sequía de años. El río adelgazaba y la contaminación le restaba verdor al mundo. Los cerros también habían perdido color. Todo era gris.

La columna de gente se acercó a la plaza por la avenida principal con banderas mapuche en alto.

Cuando volví a casa, agotada de caminar, pegué en la ventana una bandera que me regaló un amigo. Los gatos no se levantaron. El calor nos agotó a todos.



LA PROFESORA de Biología ha hecho intentos de hablar con Miguel. Los vi conversando en el jardín prohibido. Creo que Miguel no entendió nuestra conversación.

El viernes fuimos a Dignidad con un grupo de profesores, de esos que creen en las marchas y en las consignas, y que tienen un pasado de lucha y resistencia durante la dictadura. A ellos les faltó abrazar el sueño de una verdadera democracia. Tenían la fantasía, la ilusión de que Chile iba a ser alegre. «Chile, la alegría ya viene», se escucharon cantando alguna vez.

Ni Miguel ni la profesora de Biología aceptaron el reto de marchar. Lo extrañé. Extrañé su presencia, pero no dije nada y no evidencié emociones. Cuando íbamos saliendo del liceo rumbo al paradero, miré atrás. Pensé que quizás se arrepentiría y correría tras nosotros y que se sentaría conmigo en la micro rumbo a Santiago, que reanudaríamos la experiencia de ese ritual inconcluso. Puras esperanzas ridículas. No sé qué me pasó.

La marcha estuvo como todas: Dignidad llena, la primera línea en batalla campal, la Cruz Roja atendiendo a los heridos, el Centro Cultural Alameda transformado en hospital de campaña. Una nueva realidad de furia y lucha.

LAS SIGUIENTES semanas hubo muchas noticias acerca de la represión de la protesta social. Nos hicimos famosos porque en Chile las fuerzas policiales le arrancan los ojos a los que marchan.

Mi mamá quería que la visitara. Le avisé que pasaría con ella navidad y año nuevo. Bastó con eso para que nos pusiéramos felices. Muy simple es esto de la felicidad. Se trata de tener cubiertas ciertas necesidades y tiempo para estar con quienes queremos.

EL DOMINGO Miguel llamó. Contesté.

—Oye, ¿vamos al cerro? ¿Te tinca?

—¿A qué?

—A pasear.

—Está bien.

—Llego en veinte. Espérame.

El cerro está cerca. Hay que entrar por caminos escondidos más allá del campo. A mí me obligaban a subirlo acompañando a estudiantes, como parte del ritual simbólico de hacerles creer que con esfuerzo y persistencia alcanzarían el triunfo de ingresar a la universidad y ser dueños de su futuro económico. De esa generación era Jesús.

Subiendo me sentí agotada a mitad de camino. Él avanzó más rápido y se perdió de mi vista. Escalar ese cerro fue difícil. Tardé más de una hora. En el último tramo tuve que esforzarme más de la cuenta. Al llegar no me sentí realizada ni satisfecha. Sentí que había sido una imposición, que el cerro era igual a los otros cerros que había subido: ni hazaña ni goce. Prefiero las caminatas por el río o la ciudad.

Arriba la vista es inmensa. Se ve el valle, los otros cerros, una parte de mi pueblo y del pueblo allende al río. Distintos tonos de café, poco verde y gris. Casuchas improvisadas con materiales de todo tipo en la ribera. Los campamentos comenzaron a repletar espacios de mi pueblo. Gente que no tiene dónde vivir, algunos inmigrantes, algunos chilenos. Todos pobres. Sin luz ni agua ni techo.

Más allá otro cerro cerca del otro río. Concentra el único espacio con vegetación alrededor.

—Son paltos —dice Miguel.

—¿Por qué están verdes?

—Porque toda el agua de ese río y de las cuencas subterráneas los riegan.

—Allá vivías tú, ¿cierto?

—Sí, pero ya no se puede. Mi mamá todavía tiene una propiedad, pero ya no cultiva nada porque las empresas de los paltos son dueñas de los derechos de agua.

—¿Tu mamá sigue ahí?

—Sí. Ella y mi papá. No dejarán su casa ni la tierra.

—¿Y se puede vivir sin agua?

—Se la compran a un camión que les llena un contenedor una vez a la semana.

Después hicimos una pausa. Me senté donde todavía había algo de vegetación además de rocas. Mi sudor se enfriaba con el viento fresco que corría.

—Esperanza, la Tania es una amiga.

Reí por la explicación.

—No me interesa.

—Tengo mucha pena.

—Siempre es bueno tener algo, decía mi abuelito —volví a reír.

No me importaba caer en lamentaciones, como quería Miguel. Comenzaba a arrepentirme de haber subido el cerro con él.

—Miguel, tómate un descanso de la vida. Pide una licencia y ándate donde tu mamá al campo. No sé, trata de sufrir piola.

—¿Crees que sufro con mucho escándalo?

Asentí con la cabeza y tragué aire fresco con olor a tierra.

Me tomó la mano como cuando estábamos en el metro. Me besó. Tenía los labios helados y su rostro caliente. Un beso breve. Un segundo, una pausa incómoda.

—Me quiero ir —tajante di por finalizado el momento.

—¿En serio? —su expresión era triste.

—Sí.

La bajada del cerro fue rápida. Es corto de vuelta. Te resbalas y caes de poto. Hay que afirmarse bien y aceptar que te ensuciarás, que las piedras se te meterán en las zapatillas.

En el auto no hablamos. La radio transmitía un programa de noticias local. Se producirían algunos cortes de luz producto de los cables cortados en las protestas.

Me bajé del vehículo sin saber cómo despedirme. Sentía que quería estar ahí y no.

—¿Quieres tomar o comer algo? —al preguntarlo pensé que me arrepentiría.

Bajó. Avanzó hasta la cocina mientras yo servía un vaso de jugo. Sus manos asieron mi cintura. Detuve mi respiración porque sus manos se sentían bien. Besó mi cuello. Su respiración caliente en mi nuca. Al voltear yo sostenía el vaso con el líquido naranja, pero él lo apartó.

Me dejé besar y tocar. Me quitó la polera y su boca se apegó a mis pechos. Ese roce erotizó por segundos mi vida y le permití avanzar. Sus manos me rozaron la entrepierna y quise alejarlo, pero cerré los ojos y me concentré en ese placer húmedo que despertó.

Tres minutos en la cocina hasta que le permití quitarme las calzas sudadas y el calzón empolvado de cerro. No le permití subir a mi dormitorio blanco. En la escalera yo me detuve y él arremetió con más fuerza. Cedí a abrir las piernas. Sabía que estaba mal. Él estaba perturbado y vulnerable, pero no me importó. Me dejé tocar y lamer como los hombres lo hacen: con egoísmo. Quise aceptar ese sexo oral porque lo deseaba con mi naturaleza animal. Cuando acabé me miró con ojos de gato sediento y herido. Lo usé hasta complacerme y no le di nada a cambio; solo los besos fríos y el agradecimiento. Me quedé un rato sosteniendo el orgasmo, y al juntar las piernas el encanto desapareció. Ya no lo quería cerca. Le dije que se fuera.

—No me quiero ir. Quiero quedarme a tu lado.

—No quiero, Miguel.

—Pensé que te había gustado.

—Me gustó, pero no deseo nada más —me arreglaba la ropa evitando que observara mi cuerpo.

Seguí el vehículo con la mirada. Lo vi girar hacia la calle principal.

El domingo se sostenía por la monotonía y la rutina. Seguiría así por el momento.

Me preparé una comida simple. Cocí un choclo, le unté mantequilla y preparé una ensalada de tomate, que en esta época del año son jugosos. Vi una película en el cable. Me acosté tarde.

En la cama, y con los gatos a mis pies, pensé que quizás Miguel sí siente algo por mí, solo que es algo que yo no quiero que él sienta. No sé. No quiero pensarlo. Me dormí y soñé con él.

En mi sueño Miguel era una presencia incorpórea, pero perceptible. Su mano me recorría la boca y algo como labios me besaban. Su cuerpo de humo se recostaba sobre mi cuerpo y la sensación me sofocó. No hubo placer en ese sueño. Parecía una advertencia. Recordé a una de mis tías que hablaba del doble cuántico, una teoría New Age que está de moda y que ella aprendió en YouTube, agotándose los gigas que no puede costear con su jubilación. Quizás era mi doble que sucumbió ante la tentación de un hombre. Me reí con la analogía.

LA SEMANA pasó sin mayores complicaciones. Evasiones menos evidentes. Biología no se acercó a él. Tampoco yo.

Miguel se reía y se reincorporó a su grupo de compañeros de departamento. Como el trabajo administrativo aumentó, pasamos varias horas en las mesas desordenadas y llenas de papeles, lápices y estuches de la sala de profesores.

Algunos compraban pan de pascua y bebidas con gas y azúcar, otros traían jugos y frutas. La diversidad de alimentos era abundante y el ánimo se tornó navideño. Junto a un grupo de compañeros preparamos el árbol de pascua. Utilizamos la imagen del Matapacos para adornarlo. Sé que a los católicos, evangélicos y más conservadores del grupo no les agradó, pero ninguno lo quitó. Además, tratamos de ser flexibles y colgamos otros símbolos tradicionales como guirnaldas, estrellas y vírgenes para incluir a todas las visiones presentes en ese espacio. Cumplimos las jornadas sin contratiempos. Rutina.

—Espe, te llevo. ¿Quieres que vayamos a comer algo?

—Depende. ¿Qué me ofreces?, porque no estoy ni ahí con el pollo con papas fritas.

—¿China o sushi?

—Sushi todo el rato.

Frente a la terracita del restaurante pasaban estudiantes a retirar sus hand rolls o al local contiguo por un sándwich. Yo bebía un jugo y él cerveza. Pasamos la tarde entre silencios y conversaciones triviales. Hacía calor y las noticias mostraban las nuevas medidas del gobierno para agilizar trámites y generar proyectos de ley que les restan privilegios a la clase política. El pueblo estaba tranquilo y comenzábamos a percibir la llegada del verano, que trae consigo una baja por desgaste de la protesta social.

—¿Tus gatos están solos?

—Sí po.

—¿Vamos a verlos?

Al llegar a mi casa el auto viejo se orilló en el surco de la plaza junto al resbalín.

—Tendrás que irte rápido, las madres van a salir pronto y exigirán que muevas tu auto porque los niños necesitan jugar —reí con la aclaración que me resultó ridícula, pero era cierta.

—¿Me darías un vaso de agua?

En la respuesta positiva que le di se sostenía un miedo que no quise atender.

—No te lo dije antes, pero es linda tu casa.

—Todavía me quedan veintiocho años para terminar de pagarla.

—Por lo menos pagas por algo donde vives. Yo ni siquiera puedo vivir en la casa.

—Pensé que ella se había ido.

—Volvió. Yo me tuve que ir.

—¿Dónde te estás quedando?

—Donde mis viejos, pero debo encontrar algo para estar solo. Me asfixio con ellos.

—Atrás del hospital hay casas que arriendan a precios razonables.

—Es posible, necesito recibir a los niños, pero no me alcanza. Contuve las palabras porque no quise sonar petulante.

—Ya, Miguel. Gracias por todo. Ha sido agradable. Para la próxima invito yo porque andai muy corto parece.

Abrí la puerta y se colocó frente a mí. Sus ojos tenían una expresión de desespero y su respiración era agitada. Me cogió la cintura y trató de besarme.

—No. Suéltame. Ahora.

—Un beso. Solo eso, por favor.

—Basta. Vete.

—Disculpa.

Me soltó, abrió la puerta de golpe y se subió al vehículo. Con el movimiento brusco que hizo para salir de la placita movió el arbusto que planté donde antes estaba el crespón que murió de sed porque nunca lo regué.

No tenía ganas de elucubrar en mi cabeza las razones de su comportamiento o sus sentimientos. Los míos menos. Además, la libertad, el color del día y el sol que no se iba me impulsaron a quedarme afuera, regar, limpiar las flores, y ver a los gatos jugando y bebiendo el agua estancada en los cardenales.

El absurdo de esos días posteriores consistió en saludos concisos, despedidas breves y educadas, el trabajo continuo hasta el viernes. La hora de almuerzo era la demostración de que él estaba más lejos de mí que nunca porque no llegaba. Se iba al patio prohibido a beber una taza de café de mala calidad.

ME REUNÍ con Beatriz, una amiga, para tomarnos un café helado en una cafetería. No le conté nada sobre Miguel. Qué se puede contar de alguien herido y desesperado.

—¿Y no hay nadie por ahí?

—No. Nadie.

—¿No te cansas de la soledad?

—No —reí.

—¿Y cómo lo haces? —también reía ella.

—Tengo pilas y el cargador para el conejo Duracell.

Las amigas y el café le quitan peso a la soledad. Al llegar a casa los gatos jugaban con el gato del vecino. Muchas colas en medio de las flores.

TERCERA PARTE

—MIGUEL se trató de quitar la vida el sábado. Su intento fracasó. No sé más. A mí me lo contó una amiga de la hermana que trabaja con ella en una tienda de electrodomésticos.

Me lo dijo la colega de Filosofía. Fue durante el desayuno. Lo dijo en un susurro, como un secreto peligroso. Lo dijo como si nadie más tuviera que escucharlo.

No respondí nada. En mis pensamientos aparecía la voz de Miguel. Su tono pausado y el volumen bajo cuando hablaba de sí mismo y de su exmujer.

Montones de preguntas no respondidas aún sobre él. Preguntas sin relevancia. «¿Cuál es tu color favorito? ¿Prefieres la marraqueta o la hallulla? ¿Duermes sobre tu brazo o prefieres mirar el techo? ¿Sabes de qué color son mis ojos? ¿Por qué, Miguel? ¿Por mí o por ella?».

El murmullo rápidamente se esparció. Siguió el camino lógico. Se lo contaban unos a otros y al final siempre decían: «No lo cuentes. Es secreto».

Al mediodía era el tema del momento en cada conversación, incluso en los grupos de WhatsApp.

Los profesores de Biología una vez más se refirieron a los achaques, esta vez emocionales. «Las depresiones son importantes. Hay que cuidar la salud mental», decían. Todos menos ella. Ella no hablaba nada. No opinaba y tampoco se mostraba curiosa. Nada de preguntar si alguien sabía algo más. Yo también estaba como ella. No quería saber, no quería preguntar. Pensaba que el problema desaparecería. Quizás al día siguiente o en dos más todos se olvidarían.

Nadie más opinaría, nadie más me miraría bajo el morbo de intentar saber qué tan culpable soy.

Le dije que no esa tarde, la última que lo vi. Le dije que no porque no quiero que él se burle de mí con la excusa de la inestabilidad, con la excusa de no saber lo que está haciendo. Y es que no tiene cómo saberlo. Él es un pobre hombre solitario, abandonado por una mujer que lo ha despreciado por una vida nueva.

Ahora no solo está solo, sino que además se jodió. Será siempre el suicida fracasado. Nadie se le acercará y mejor que no vuelva a este liceo. Se arriesga a que alguien desubicado le diga algo, aunque quizás no. Es que es hombre. Por alguna razón, el suicidio en los hombres, aunque fracasado, se ve como algo heroico. Cuando el suicidio es femenino, fracasado o exitoso, es cosa de locas.

El gato no llegó esa noche. No sé qué pasó. Es raro porque está esterilizado.

Miguel dijo que el gato es lindo y lo es. Su pelaje brilla y es negro como el de una pantera. La gata estaba junto a mí. Ella no sale de casa excepto cuando yo salgo al patio; él, en cambio, tiene un espíritu inquieto. No sabía qué le pudo haber pasado. Me concentré en pensar que volvería, aunque fuese herido.

EL MARTES hubo Consejo de Profesores, pero solo se hablaron temas pedagógicos. Había gran revuelo por los cambios que se anunciaron para el siguiente año en la evaluación. Qué manera de disfrazar la realidad y evadir lo incómodo. El día anterior, entre murmullos, el nombre de Miguel se pronunciaba en cada rincón; al siguiente solo los números de los decretos misteriosos que anunciaban un cambio radical, junto con la solución mágica para la desigualdad en la educación. Hipocresía por doquier.

Me llegó un mensaje al WhatsApp de un número desconocido: «Llámame».

No quise atribuirle el mensaje a nadie, pero lo hice igual. Pensé en Miguel y no en la multitienda a la que le debo una cuota.

La reunión duró dos horas eternas. Escuchaba la perorata de la jefa y el jefe. Todos en la reunión tenían mucho que decir acerca de lo que ocurriría con el nuevo decreto. Todos le atribuían características magníficas y había quienes citaban otras experiencias similares en países como Finlandia.

Me sentía atada a la silla, atada a mi cuerpo, a la invención de un decreto mágico, a la nueva creación ministerial que salvaría a las siguientes generaciones de la desigualdad.

Salí caminando del liceo. En diciembre todo es cálido. No hay viento costero; solo una tórrida brisa que aumenta la angustia y sofoca.

Desde el anuncio de una Convención Constituyente las protestas disminuyeron, no tanto como para haber desaparecido; pero lo suficiente como para que no hubiese marchas o «ataentados a la propiedad privada», como les decían en las noticias.

Camino a casa visité cada tienda de ropa usada. En mi mente la presencia de Miguel picaba. Mientras pasaba los colgadores uno

tras otro, con prendas que no me habría comprado nunca, su imagen se dibujaba. Su mano rozaba mi cabello y yo decía no.

Compré poleras. Compré varias. Todas las que creí que se me verían bien. Poleras blancas con algún mensaje o algún dibujo. Las uso para acompañar mis jeans y la chaqueta de mezclilla o cuero sintético. Simple.

Tardé todo lo que pude en llegar a casa. Ya cayendo el sol, cuando el cielo se tornaba rojo, abrí la puerta. El gato había vuelto. Solo él sabe dónde estuvo. Es un ser satisfecho de sí mismo que ronronea cuando quiere ante las muestras de cariño. La gata estaba esperando la comida.

EL MIÉRCOLES se siente a medio camino. Los compañeros andaban haciendo listas para el «amigo secreto» por la navidad. Los vi a todos sonriendo. No hablaban de nada importante. Nadie hablaba de Miguel. Recordé al hombre del metro. En el camino a la salida, y mientras Miguel tomaba mi mano, todos seguían con sus vidas. Era un momento que atrasaba los trámites y los pendientes de una clase trabajadora apurada e inconsciente como los profesores a mi lado.

Solo llegaron los estudiantes que no habían podido cerrar su semestre. Algunos insistían en golpear la puerta por una nueva oportunidad. Me pregunté qué haría el nuevo decreto por ellos.

Vino David a conversar conmigo. Quería ver si yo podía convencer al profesor de Inglés. El profesor de Inglés no quería hablar conmigo ni dar nuevas oportunidades. David tiene dieciséis. Está en un programa de tutelaje porque fue judicializado por robo en un lugar no habitado. Está cumpliendo una condena que le permite asistir al liceo, pero si no logra pasar de curso tendrá que irse a un centro del Sename. David siempre ha sido alegre. Cuando le dije que el profesor no quería atenderlo sonrió.

—Ya. No importa, tía.

Se marchó sin voltear. Subió a su skate y se despidió de todos los auxiliares con los que se topó. Su silueta delgada se perdió de mi vista. Yo insistí en mirarlo hasta que su sombra también desapareció.

Estamos terminando los últimos trámites para la salida. Firmamos papeles y llenamos planillas con datos, clasificamos y evaluamos. A nosotros también nos evalúan. Los profesores en Chile no son valorados; solo evaluados. No tenía ganas de sonreír ni ponerme para la foto. Dirección nos dejó salir temprano y llegar tarde al día siguiente. Se percibía el aire de las vacaciones.

Al salir tomé una micro a Santiago. Las mil calles y el tedio propio de la hora punta me produjeron el estrés necesario que utilicé

para evadir el recuerdo. La mujer que se sentó a mi lado sudaba y su brazo rozaba el mío. Me molestaba esa sensación. A la hora de viaje me sentía sofocada. Mi intención era llegar al centro comercial con el cine grande, pero opté por el más pequeño y cercano porque la humedad ajena, el olor y la lentitud del vehículo me parecieron insoportables.

La única película posible era la de *Star Wars*. El escape terminó enfrentándome con el pasado y con el presente. Justo lo que buscaba evitar. Hice una fila que avanzó rápido. Después me senté y esperé hasta que el sonido estalló. Me sentía fracasada ante el ruido y las imágenes que buscaban verse espectaculares. Lloré. Traté de ahogar esa necesidad. Yo ya lo había decidido hace tiempo: no volvería a llorar por nada ni nadie más.

Las lágrimas caían y su roce me picaba las mejillas. Al borde de la desesperación, busqué dentro de la mochila un pañuelo desechable. Limpié mi rostro y contuve el aire. Los protagonistas luchaban con sus espadas y se enfrentaban a sí mismos y contra ellos. No me permití continuar con el ritual autoflagelante. La película se tornaba larga, pero el aire acondicionado del cine era agradable. No me imaginé un lugar mejor para perder el tiempo.

A la salida estaba satisfecha. Final de la saga y final del pretexto. Compré algo para comer y pedí un vehículo a través de una aplicación solo para mujeres. Estaba oscuro. Aunque el riesgo siempre existe de día o noche, la oscuridad intensifica la sensación de temor en el cuerpo. Un soplo frío que recorre la nuca, la espalda y el coxis.

La conductora escuchaba música suave y pude sostener con ella una conversación agradable. Estaba divorciada y trabajaba por las tardes conduciendo para trasladar mujeres. Vivía en un pueblo más al oeste y era capaz de hablar de todos los temas. Me comentó que la vida era costosa con los hijos en la universidad, que se veía obligada a conducir para incrementar su sueldo. Durante el día asistía a un tecnólogo médico en un laboratorio.

Según ella el trabajo del tecnólogo era bien remunerado, pero solo para el tecnólogo. Él tenía la misión de fabricar prótesis de dentaduras y ella las distribuía a consultas médicas dentales. Ella era la chófer del móvil de la empresa de dentaduras falsas.

Una vez perdí un diente mientras dormía. Apretaba la mandíbula, la hacía rechinar, crujir. Al despertar tenía un objeto en la boca que palpé con la lengua. Se sentía ajeno, pero no. Corrí al dentista. Me dijo que no había nada que hacer. Una extracción, tratamiento quizás, radiografías, dinero. Opté por el tratamiento y lo pagué en cuotas. También opté por dejar de sonreír. Una sonrisa plena es aún más costosa que el cupo en mi tarjeta de crédito.

Los gatos estaban durmiendo. No se emocionaron cuando crucé la puerta.

MARQUÉ el número del mensaje, pero no apreté el botón de llamada. Registré el número en mis contactos como «Extraño». Me quedé mirando al techo con la televisión encendida en un canal que transmitía una maratón de *Lost*. A veces dejo la televisión encendida con el único propósito de crear la fantasía de estar acompañada. No le presto atención.

Pensaba en Miguel. Quizás no le pasaba nada y solo fue una tergiversación de alguien que escuchó que se encontraba deprimido. La única manera que me quedaba para dilucidar el misterio era llamarlo y lo llamé. El teléfono me devolvió la letanía siniestra del número apagado.

El capítulo de *Lost* me mantuvo entretenida. Un personaje luchaba contra su adicción y la respuesta estaba en su fuerza de voluntad, pese a que la tentación se encontraba en unas figuras de yeso de la Virgen María que él debía resguardar. Parecía débil, pero solo era la prueba física de la pelea mental que estaba dando contra sí mismo. Opté por una píldora para dormir sin pensar en la vida de Miguel al filo de un abismo.

EN LAS ÚLTIMAS reuniones del departamento los profesores intentan mantener el ritmo para no colapsar. Deben distribuir el tiempo para alcanzar a responder las tareas propias y las del grupo. Se producen tensiones y aparecen diferencias. Un compañero quiere cambiar las lecturas mensuales. Desea agregar nuevos títulos, menos clásicos y más literatura juvenil, de esa que se puede leer en blogs y redes sociales. Me opongo y termino molesta y vencida.

En el mismo lugar se encontraban el profesor de Música y el de Arte. Mantenían el silencio. Entre ellos no había luchas visibles acerca de los títulos de canciones que se abordarían el siguiente año. Siempre los veía felices en el pasado. Andaban tocando guitarra y prestaban ayuda a todos los que queríamos conectar micrófonos o amplificación para algún acto. Igual que Miguel. Pero ahora se veían tristes. Miré a Julio y él me miró. Esbozó una sonrisa breve y después se acomodó los lentes para continuar mirando la pantalla de su notebook.

Pensé que la jornada pronto acabaría. Eso me inquietó. El presupuesto no me daba para una segunda ida al cine. Además, la cartelera no ameritaba transitar en una micro.

Otra vez nos autorizaron para irnos temprano a nuestras casas. Fui donde el profesor Julio y le pregunté si quería acompañarme a comer hand rolls.

—¿En serio?

—Sí po.

—¿Dónde?

—Cerca de Balmaceda. Es un local pequeño. No tengo ganas de llegar a casa temprano.

—Ya po, compañera. ¿Qué le hace el agua al pescao?

La tarde estuvo agradable. Se nos unió una colega de Inglés y un profesor de Educación Física. Después del hand roll fuimos por una cerveza. Logré sortear el tiempo.

Al llegar a casa me senté en el sofá. Los gatos se acurrucaron sobre mis piernas, compitiendo entre ellos por mi atención. Los acaricié y en el pecho sentí un ascensor. Me acosté sin comer: dejé que mi estómago extrañara la sensación de plenitud.

LOS RAYOS de sol filtrándose en mi dormitorio llenaban el espacio de un calor asfixiante que me obligó a levantarme. En la ducha me confortó el agua caliente. Estuve minutos sin moverme bajo el chorro. Después, el ritual del acondicionador, de rasurar axilas y piernas. La sensación de culpa no se me pasaba ni bajo el agua. Una angustia que se instalaba en mi estómago y que había logrado quitarme el apetito.

Me sequé con parsimonia y decidí que volvería a acostarme. Una película feliz podría quitarme el peso de encima y opté por una del catálogo de Netflix.

Todo el asunto acabó cerca de las dos de la tarde. Me levanté, ordené y barrí cada esquina de la casa prolijamente. Vacíé el refrigerador, lo lavé y seleccioné los alimentos que debían conservarse; el restó lo deseché. Luego me volqué a los cajones y muebles. Hacia las siete ya todo olía a casa piloto y la energía decaía. Pero igual saqué el árbol de pascua y los adornos. Arreglé todo como si tuviera hijos pequeños o viniera una suegra a visitarme. Me senté en la escalera a observar por dos horas las luces. Ya estaba oscuro y esa iluminación me alegraba. Miguel no existió ahí. Era solo yo y el árbol, las luces y el disco de Nano Stern sonando desde el parlante conectado a Spotify.

El sábado acabó rápido. Una noche para la novela que había picoteado durante la semana: *Tangos para Barbie y Ken* de Maritza Manríquez Buendía. Lectura ruda, similar a la realidad pese a lo fantástico. Eso de leer situaciones felices es rancio como el queso que tiré del refrigerador en la tarde.

Cuando limpio y ordeno los gatos permanecen cerca. No corren. Se pasean lento entre mis piernas.

Estaba sola como siempre. Esa noche me masturbé con el vibrador más económico del catálogo de Japi Jane, y traté de evadir el sentimiento que se quedó golpeando mi puerta mientras observaba una porno lésbica llena de falsa —pero necesaria— ternura.

—BUENOS días.

—Hola. ¿Quién es usted?

—Me llamo Gloria. Soy la mamá de Miguel.

El número tenía nombre. Debía modificarlo en los contactos.

Pese a que intenté evadir la situación haciendo las preguntas lógicas y de norma, ella insistió. Me colocó en una situación complicada. ¿Cómo se suponía que debía evadir a la mamá de un suicida que no logró morir?

La clínica a la que me llevó estaba en la parte norte de la ciudad. Fueron horas para llegar. Los silencios eran incómodos y, a pesar de que en el bolso cargaba la novela de Maritza Buendía que estaba a dos páginas de terminar y un yogurt sin lactosa, no opté por ninguno de ellos dentro del vehículo. Su padre iba atrás: un hombre moreno como Miguel, casi calvo y de bastón. Su rostro miraba al infinito. Recordé a Miguel y su gesto en el metro.

El largo viaje no lograba sostenerse por sí mismo. Yo no quería hablar y ellos no querían escuchar nada sobre mí. No hacía falta interrumpir el vacío.

—Hola, flaca.

—Miguel.

—Parece que pedí hablar contigo medio drogado y mi mamá insistió en molestarte. Yo no quería, pero tú cachai que aquí no tienes poder sobre nada.

Su rostro estaba perdido. Ojos traslúcidos y abiertos. Sus manos temblaban y en algunas palabras equivocaba las sílabas. Era un desastre. Sentí el pecho apretado. Él se veía más como una figura humana hueca. Estaba inexpresivo y cada tanto sonreía sin razón. Incluso rio a carcajadas cuando pasó un gato doméstico frente a nosotros. No había nada ahí para rescatar. Las palabras sobran. Yo solo quería salir luego del lugar. Una cosa tuve clara: él estaba enfermo y ya iba a medio abismo.

Mi pelo estaba atado con un tomate y sentí desesperación por no poder ensortijarlo como siempre hacía cuando algo me incomodaba. Estábamos en un jardín. Era el patio de la clínica. Un espacio amplio, lleno de verde y bancas. Un pino daba la sombra precisa para cubrirnos del sol. Yo llevaba una cadena con mariposas en el cuello, una polera negra, una falda corta de mezclilla y sandalias. No usé maquillaje. En ese espacio iluminado y silencioso mi opacidad hacía juego con el ánimo de Miguel. Sentí el sudor en mi nariz, frente, nuca, palmas y detrás de las rodillas. Un ácido saltó desde mi estómago al paladar y me hizo consciente de que no había comido nada desde el día anterior.

—Me preocupas, compañero.

—Oye, pero ¿cómo? Yo pensaba que a ti nadie te preocupaba. Tus problemas son el par de gatos feos que cuidas.

—Para que veas.

—No debiste venir.

—¿Por qué?

—Putá, porque no. Estoy chato de esta mierda de llorar a escondidas y no tener paz, dormir a medias, vivir en una casa que no es mía y saber que otro hueón se afila a mi mina, como si yo fuera tan penca en la cama que la loca se revuelca con cualquiera.

—¿Qué hiciste, Miguel? ¿Cómo terminamos acá?

—Me fui a la lechería de San Guillermo. Estacioné detrás de los corrales de las vacas. No había nadie cerca. Monté una manguera conectada al tubo de escape, directo a la entrada de aire de la ventilación. Pisé el acelerador a fondo. Pensé que bastaba para morir. Como estaba curao, después de un rato me dormí. Quizás con un auto más moderno me habría resultado. No sé cómo mis papás me encontraron y después me trajeron para acá desde la urgencia —rascaba su nariz como si le picara. Sonaba perdido y en cámara lenta.

La mamá me contó que sabía que algo malo le había pasado y que salió a buscarlo con el resto de sus hermanos a todos los lugares cercanos, incluso al cerro. Fueron al Mapocho, al Maipo, al Puente

de Naltagua y, al final, en la desesperación, alguien pensó en ese camino escondido al lado de la única viña que resistió la llegada de las inmobiliarias. Así fue como cerca de las seis de la mañana lo sacaron del vehículo con ayuda de bomberos.

—Tienes que sobreponerte, igual que todos.

—Eso es para los valientes como tú.

—También vale para los sobrevivientes al suicidio.

—O sea, los hueones pencas.

—O sea, los hueones hueones.

Se carcajeó y yo sonreí.

No quería seguir con la conversación extraña. Me quería ir.

Una auxiliar de enfermería se lo llevó. Él se entregó como un perro fiel a la presencia de la mujer. Su voluntad no estaba incluida en la escena.

Nos despedimos como amigos. La brevedad de un trámite. Me miró hacia atrás. Yo continuaba sentada observándolo arrastrar los pies torpes y caminar con apoyo. Lo patético de esa parte es que me lo había imaginado como un encuentro romántico. Me golpeó la realidad. Parecía un niño que perdió a la mamá en el mall, así, lánguido y extraviado. Se veía necesitado y me turbé con el recuerdo del sabor de sus besos agrios.

Acudí porque su madre lo requirió y me arrepiento de no haber tenido la fuerza para huir de ese compromiso. De ese daño no nos levantaríamos ninguno de los dos. Quizás él no lo recordaría y se le perdería en esa masa de medicamentos y terapias que le nublaban el cerebro.

EL SOL golpeaba el paradero de la micro, calentando los asientos y el pavimento. Me compré un agua mineral y un queque. Esperé veinte minutos hasta que subí. Mis hombros descubiertos estaban rojos y me ardía la cara. De seguro me daría insolación.

Después de dos micros llegué a Estación Central. El ambiente era fresco. Antes de subir a los andenes de los buses interurbanos me compré un jugo de frutas. La poca gente que había a esa hora no me prestaba atención. Yo estaba contemplativa y todo ocurría lento.

La micro se aparcó y el ritual de la fila para el pago del boleto me agotó. Me senté. No fui capaz de leer ni quise escuchar música. Me dormí apenas la autopista recibió las ruedas del vehículo.

Al bajar en el pueblo, caminé hasta el río. Me quedé observándolo. Estaba sucio. Había carpas levantadas por inmigrantes y pobres sin hogar, casuchas hechas con palos y telas. Indigencia y abandono, cifras que nos alejan del desarrollo económico. Una verdad que escondemos bajo la alfombra. Un Chile oculto, el único Chile que conozco.

Al llegar a casa los gatos me recibieron. Es lindo tenerlos. Ellos siempre me esperan. No necesito nada más.

EL DOMINGO me despertó un sueño que ya había tenido. Estaba en una playa inmensa, mojando mis pies en el agua. De lejos se veía una cabaña de madera en la costanera. El ruido de las olas embravecía. Caminé hacia la cabaña. Entré. El lugar estaba oscuro, pero resultaba confortante. El sonido del mar se hacía más profundo y violento. Una ola gigante se levantó y en segundos el agua lo cubrió todo. La casa y sus paredes resistieron el embate. Todo crujió. El agua penetró la estructura, pero continuó erguida. Desperté y me supe segura.

ÍNDICE

09	Primera parte
41	Segunda parte
71	Tercera parte

EN
ESTE TRABAJO
COLABORARON DANIEL
VISCARRA EN EDICIÓN, Y ROBERTO
MORALES EN DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN.
EL LIBRO FUE IMPRESO UNA TRISTE Y FRÍA
MAÑANA DE INVIERNO. SE TERMINÓ DE
CORREGIR MIENTRAS MIRABAS, SIN
MIEDO, LA CIUDAD ARDER.